LA VIDA Y LA MUERTE DEL REY JUAN

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández



scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

LA VIDA Y LA MUERTE DEL REY JUAN

(KING JOHN)

DRAMATIS PERSONÆ

El Rey Juan.
El Príncipe Enrique, hijo del Rey.
Arturo, Duque de Bretaña, sobrino del Rey.
Conde de Pembroke.
Conde de Essex.
Conde de Salisbury.
Lord Bigot.
Huberto de Burgh.
Roberto Faulconbridge, hijo de sir Roberto Faulconbridge.
Felipe el Bastardo, hermanastro suyo.
Jaime Gurney, servidor de ladi Faulconbridge.
Pedro de Pomfret, profeta.
Felipe, Rey de Francia.
Luis, Delfín.
Limoges, Archiduque de Austria.
Cardenal Pandolfo, legado del Papa.
Melun, señor francés.
Chatillón, embajador de Francia.
La Reina Leonor, madre del Rey Juan.
Constanza, madre de Arturo.
Blanca de España, sobrina del Rey Juan.
Ladi Faulconbridge.
Un Cherif.
Lores, Damas, Ciudadanos de Angers, Heraldos, Oficiales, Soldados, Mensajeros y otras personas del séquito.

Escena.—Unas veces en Inglaterra y otras en Francia.

ACTO PRIMERO

ESCENA UNICA

Salón del trono en el palacio

Entran el Rey Juan, *la* Reina Leonor, Pembroke, Essex, Salisbury *y otros, con* Chatillón

Rey Juan.—Ahora dinos, Chatillón: ¿qué nos quiere Francia?

Chatillón.—He aquí, tras las felicitaciones de costumbre, cómo habla, por mediación mía, el rey de Francia a la majestad, a la majestad postiza de Inglaterra, aquí presente.

Leonor.—¡Extraño principio: «majestad postiza»!

Rey Juan.—Silencio, buena madre; escucharemos la embajada.

Chatillón.—Felipe de Francia, en derecho propio y representación legal de Arturo Plantagenet, hijo de Godofredo, tu difunto hermano, interpone una muy legítima declaración sobre esta bella isla y sus territorios, Irlanda, Poitiers, Anjou, la Turena y el Maine, deseando que depongas la espada que impone, por la usurpación, esos diversos títulos y que coloques la misma en manos del joven Arturo, tu sobrino, y, por derecho, real soberano.

Rey Juan.—Y ¿qué sucederá si no consentimos en ello?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

CHATILLÓN.—La imperiosa intervención de una guerra furibunda y sangrienta para restablecer por la fuerza estos derechos tan violentamente usurpados.

REY JUAN.—Aquí responderemos a la guerra por la guerra, a la sangre y a la intervención por la intervención; transmite esta respuesta a Francia.

CHATILLÓN.—Entonces recibe por boca mía el desafío de mi rey, límite extremo de mi embajada.

REY JUAN.—Llévale el mío, y parte, así, en paz. Sé como un relámpago a los ojos de Francia, pues antes que hayas podido comunicarle mis palabras haré oír allá el trueno de mis cañones. ¡Vete, pues! Sé la trompeta de nuestra cólera y el lúgubre presagio de vuestra propia ruina. Hágasele una conducción honrosa. Pembroke, encárgate de ello. ¡Adiós, Chatillón! *(Salen* CHATILLÓN *y* PEMBROKE.)

LEONOR.—¡Muy bien, hijo mío! ¿No dije siempre que esta ambiciosa Constanza no cesaría hasta haber inflamado Francia y el mundo entero por los derechos y el partido de su hijo? Asunto es éste que podría haberse prevenido y solucionado con algunas fáciles protestas de amistad; mientras ahora sólo puede dar fin el combate de los dos reinos con una conclusión terrible y sangrienta.

REY JUAN.—Tenemos de nuestra parte nuestra sólida posesión y nuestro derecho.

LEONOR.—Vuestra sólida posesión más que vuestro derecho, o, de lo contrario, mal irían las cosas para vos y para mí. He aquí lo que mi conciencia susurra a vuestros oídos, que nadie debe oír, excepto el Cielo, vos y yo.

Entra un CHERIF, *que habla en voz baja a* ESSEX

ESSEX.—Soberano mío, se ha presentado aquí de provincias, para ser juzgada por vos, la más extraña controversia que en mi vida he escuchado. ¿Introduciré las personas?

REY JUAN.—Que se acerquen. *(Sale el* CHERIF.) Nuestras abadías y prioratos sufragarán los gastos de esta expedición.

Vuelve a entrar el CHERIF *con* ROBERTO FAULCONBRIDGE *y* FELIPE, *su hermano bastardo*

REY JUAN.—¿Quién sois?

BASTARDO. — Soy vuestro súbdito fiel, un hidalgo nacido en el condado de Northampton, y el primogénito, a lo que supongo, de Roberto Faulconbridge, un soldado a quien armó caballero en el campo de batalla la mano honorable de Corazón de León.

REY JUAN.—Y tú, ¿quién eres?

ROBERTO.—El hijo y heredero del propio Faulconbridge.

REY JUAN.—¿Este es el primogénito y tú el heredero? Entonces no descendéis de la misma madre, a lo que parece.

BASTARDO.—Descendemos, ciertamente, de una *misma madre, poderoso rey, s*egún es notorio, y creo que del mismo padre; pero para conocimiento evidente de la verdad, os remito al Cielo y a mi madre; sobre este punto tengo las mismas dudas que pueden asaltar a todos los hijos de los hombres.

LEONOR.—¡Vergüenza sobre ti, grosero! Ultrajas a tu madre y lastimas su honor con esa desconfianza.

BASTARDO.—¿Yo, señora? No; yo no tengo motivos para ello; éste es el argumento que, si puede demostrar, me despoja de un golpe de lo menos quinientas hermosas libras de renta anual. ¡El Cielo guarde el honor de mi madre y mis tierras!

REY JUAN.—¡Un muchacho abierto de genio! ¿Por qué, siendo el más joven, reclama éste tu herencia?

BASTARDO.—No lo sé, a no ser para quedarse con los bienes. Pero una vez me lanzó el insulto de bastardía; mas tocante a si yo he sido o no engendrado

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

tan legítimamente como él, echo la responsabilidad sobre la cabeza de mi madre; ahora, en cuanto a saber si he sido tan bien engendrado como él (¡reposen en paz los huesos que se tomaron por mí esa molestia!), soberano mío, comparad nuestros rostros y sed juez vos mismo. Si el viejo sir Roberto nos engendró a ambos, y fué nuestro padre, y ese hijo se le parece, ¡oh viejo sir Roberto, padre, de rodillas doy gracias al Cielo por no asemejarme a ti!

REY JUAN.—¡Cómo! ¡Qué cabeza tan desbaratada nos ha enviado aquí el Cielo!

LEONOR.—Tiene algo del rostro de Corazón de León; el timbre de su voz recuerda la suya. ¿No encontráis algunos rasgos de mi hijo en la vigorosa estructura de este hombre?

REY JUAN.—Mis ojos han examinado detenidamente sus formas, y las hallo perfectas como las de Ricardo. Habla, pícaro: ¿qué os impulsa a reclamar las tierras de vuestro hermano?

BASTARDO.—Porque tiene medio rostro como mi padre; con este medio rostro quería conseguir todas mis tierras. ¡Una moneda de cuatro peniques de efigie pretender el valor de quinientas libras de renta anual!

ROBERTO. — Mi gracioso soberano: cuando nuestro padre, de quien hablamos, vivía, vuestro hermano lo empleó en muchos servicios...

BASTARDO.—Bien, señor; ésa no es una razón que os dé derecho sobre mis posesiones; lo que debéis contar es cómo el rey empleó a mi padre.

ROBERTO.—Y una vez lo envió de embajada a Alemania para tratar con el emperador asuntos importantes en aquel tiempo. Aprovechó el rey las ventajas de esta ausencia y aposentóse en casa de mi padre. Cómo consiguió sus propósitos me causa vergüenza el repetirlo; pero la verdad es la verdad. Vastos espacios de mar y tierra separaban a mi padre de mi madre (como le oí decir a mi padre mismo) cuando este robusto hidalgo fué engendrado. En su lecho de muerte me legó sus tierras por testamento, jurando por su palabra de moribundo que este hombre, hijo de mi madre, no lo era suyo, y que si lo fuera, habría venido al mundo catorce semanas antes de término. Así, pues, mi buen soberano, permitidme que entre en posesión de lo que me pertenece, las tierras de mi padre, como fué su voluntad.

REY JUAN.—Pillastre, vuestro hermano es legítimo; la esposa de vuestro padre le ha llevado en su seno después del matrimonio; y si ella jugó con perfidia, la culpa es de ella; y a esta culpa se hallan expuestos todos los hombres que toman mujer. Decidme: si mi hermano, quien, como aseguráis, se tomó la molestia de engendrar a este hombre, lo hubiera reclamado como hijo suyo a vuestro padre, a buen seguro vuestro padre, ¿no habría podido retener, a despecho de todo el mundo, este ternero, nacido de su vaca, mi buen amigo? Seguramente que sí; aunque fuera de mi hermano, mi hermano no hubiera podido reclamarlo; por consiguiente, vuestro padre no podía renegar de él, aunque no fuera suyo. Conclusión de todo esto: que el hijo de mi padre engendró al heredero de vuestro padre; el heredero de vuestro padre debe poseer las tierras de vuestro padre.

ROBERTO.—¿El testamento de mi padre no tendrá, entonces, fuerza para desposeer a este muchacho de lo que no es suyo?

BASTARDO.—Su testamento no tendrá más fuerza para desposeerme de la que no tuvo, creo, para engendrarme.

LEONOR.—¿Qué preferiríais: ser un Faulconbridge y poseer, como tu hermano, tus bienes, o ser el hijo reconocido de Corazón de León, señor de tu sola persona, sin otra fortuna?

BASTARDO.—Señora: si mi hermano tuviera mi figura y yo la suya; si tuviera, como él, los rasgos de sir Roberto; si mis piernas fuesen, como las suyas, se-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

mejantes a dos varas de látigo, y mis brazos parecieran dos anguilas disecadas; si poseyera un rostro tan flaco que no pudiese colocarme una rosa en la oreja, de miedo de oír decir a la gente: «¡Mirad, ahí van andando tres *farthings!*»; aun cuando uniese a esta figura la propiedad de todo el país, que no me mueva de este sitio si no daba hasta la última pulgada de mis tierras por tener mi semblante; de ningún modo quisiera ser sir Nob.

LEONOR. — Me agradas en extremo. ¿Quieres abandonar tu fortuna, ceder tus bienes a tu hermano y seguirme? Soy un jefe de ejército y voy a pasar a Francia.

BASTARDO.—Hermano, tomad mis tierras; sigo mi destino; vuestra figura os ha valido quinientas libras de renta, aunque sería cara si la pudierais vender en cinco peniques. Señora, os seguiré hasta la muerte.

LEONOR.—Pues preferiría que os adelantaseis a mí.

BASTARDO.—En nuestra región es costumbre ceder el paso a nuestros superiores.

REY JUAN.—¿Cuál es tu nombre?

BASTARDO.—Felipe, soberano mío; tal es el comienzo de mi nombre; Felipe, hijo mayor de la esposa del buen viejo sir Roberto.

REY JUAN.—Lleva desde hoy el nombre de aquel de quien llevas la figura. ¡Arrodíllate, Felipe! Pero ¡levántate más grande; levántate sir Ricardo y Plantagenet!

BASTARDO.—¡Hermano materno, dadme vuestra mano; mi padre me dió el honor; el vuestro os da la tierra; por tanto, bendita la hora, sea del día o de la noche, en que fuí engendrado en ausencia de sir Roberto!

LEONOR.—¡El espíritu mismo de los Plantagenet! Soy tu abuela, Ricardo; llámame así.

BASTARDO.—Sí, señora; por casualidad, mas no por el curso verdadero de las cosas. Pero ¡qué importa! He pasado un poco de lado por la ventana o, por mejor decir, por el tragaluz; quien no se atreve a salir de día, debe pasearse de noche; y tener es tener, de cualquier modo que se adquiera; de cerca o de lejos, lo que bien se hace bien sale; y yo soy yo, sea cual fuere mi origen.

REY JUAN. — Anda, Faulconbridge, ya has conseguido el objeto de tus deseos: un caballero sin tierra ha hecho de ti propietario terrenalmente. Vamos, señores, y vos también, Ricardo, hacia Francia; hacia Francia debemos partir en seguida, pues es más que urgente.

BASTARDO.—Adiós, hermano; te deseo buena suerte, pues fuiste engendrado por el camino honesto. *(Salen todos, menos el* BASTARDO.) Tengo un pie más de honor; pero muchos, muchos pies menos de terreno. Bien; ahora puedo hacer dama a cualquier Juanona. «¡Buenos días, sir Ricardo!» «¡Dios os guarde, camarada!» Y si su nombre es Jorge, le llamaré Pedro, pues la nobleza de nuevo cuño debe olvidar los nombres de las gentes; esto sería demasiado respetuoso y sociable en nuestro cambio de condición. Ahora vuestro postre se halla a la mesa de mi señoría acompañado de su mondadientes, y cuando mi estómago de caballero esté harto, entonces me limpio los dientes e interrogo a mi distinguido provinciano: «Mi querido señor (así es como comenzaré, apoyándome en el codo), os suplico...» (ésta es la pregunta, y la respuesta sigue inmediatamente, como en un abecedario): «¡Oh señor—dice la respuesta—, estoy a vuestras órdenes, a vuestra disposición, a vuestro servicio, señor!» «No, señor —dice la pregunta—; no, mi amable señor; soy yo quien está a vuestras órdenes»; y así, antes que la respuesta tenga tiempo de saber lo que quiere la pregunta, atando corto el diálogo de los cumplimientos, se pone a hablar de los Alpes y de los Apeninos, de los Pirineos y de las riberas del Po, y os lleva así hasta la hora de la cena. He aquí lo que es la alta sociedad, y ella es la que con-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

viene a un espíritu ambicioso como el mío; pues él no debe mostrar cualidades de observador; y tal soy yo, tenga o no esa cualidad, y no sólo en lo que concierne a las costumbres, a la conducta, a la forma exterior y al atavío, sino a los movimientos íntimos de dulcificar y dulcificar y dulcificar el veneno a los labios de este siglo; inclinación que deseo practicar no para engañar, sino para evitar ser engañado, ya que hallaré este veneno en cada uno de los escalones de mi avance. Pero ¿quién viene tan de prisa en traje de amazona? ¿Quién es esta mujer correo? ¿No tiene marido que se tome el trabajo de precederla tocando un cuerno?

Entran LADI FAULCONBRIDGE *y* JAIME GURNEY

¡Oh, por vida mía!... ¡Si es mi madre! ¿Qué hay, buena señora? ¿Qué os ocurre para correr tan apresuradamente?

LADI FAULCONBRIDGE.—¿Dónde está ese sinvergüenza de tu hermano, dónde está, que persigue mi honra por todas partes?

BASTARDO.—¿Mi hermano Roberto? ¿El hijo del viejo Roberto? ¿El gigante Colbrando, ese hombre tan robusto? ¿Es al hijo de sir Roberto a quien buscáis de esa manera?

LADI FAULCONBRIDGE.—¡Al hijo de sir Roberto! Sí, muchacho irrespetuoso, al hijo de sir Roberto. ¿Por qué te burlas de sir Roberto? El es hijo de sir Roberto, y tú también.

BASTARDO.—Jaime Gurney, ¿quieres hacernos el favor de dejarnos solos un instante?

JAIME.—Con mucho gusto, buen Felipe.

BASTARDO.—¡Felipe! ¡Pájaros! Jaime, corren por ahí muchas cosas; pronto seré más explícito contigo. (*Sale* GURNEY.) Señora, el viejo sir Roberto no era mi padre. Sir Roberto hubiera podido comer un día de Viernes Santo, sin por ello quebrantar el ayuno, toda la parte que ha tomado en mi confección; sir Roberto podría muy bien trabajar; pero, por vida mía, confesadlo: ¿hubiera podido engendrarme? Sir Roberbto era incapaz de ello; conocemos su mano de obra. Así, pues, buena madre, decidme a quién soy deudor de estos miembros. Sir Roberto nunca hubiera modelado esta pierna.

LADI FAULCONBRIDGE.—¿Has hecho también complot con tu hermano, tú, que por propio interés debieras defender mi honor? ¿Qué significa esta injuria, insolente bellaco?

BASTARDO.—Caballero, caballero, buena madre, como Basilisco. ¡Vaya! Tengo el espaldarazo y mi título de caballero sobre los hombros. Pero, madre, yo no soy ya el hijo de sir Roberto; he renunciado a sir Roberto y a mis tierras; legitimidad, nombre y todo ha desaparecido. Así, pues, buena madre, hacedme conocer a mi padre; sería un hombre digno, supongo. ¿Quién era, madre?

LADI FAULCONBRIDGE.—¿Has renegado de ti mismo, como Faulconbridge?

BASTARDO.—Tan francamente como reniego del diablo.

LADI FAULCONBRIDGE.—El rey Ricardo Corazón de León fué tu padre; seducida por una larga y vehemente solicitación, no resistí al impulso de concederle sitio en el lecho de mi esposo. ¡Que el Cielo no me pida cuenta de mi transgresión! Tú eres el fruto de mi grata ofensa, de una ofensa *demasiado fuertemente* solicitada para que mi resistencia pudiera salvarme.

BASTARDO.—¡Por esta luz, señora, si tornara a nacer, no desearía mejor padre! Ciertos pecados gozan de un privilegio sobre la tierra; tal es el vuestro. Vuestra falta no puede imputarse a vuestra fragilidad; era preciso que otorgarais vuestro corazón como un tributo de sumisión a un amante imperioso ante el cual el león intrépido no pudo sostener *su furia y fuerza incomparables*,

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ni contra las manos de Ricardo preservar su real corazón. Quien arranca el corazón a los leones, bien puede triunfar del corazón de una mujer. ¡Sí, madre mía, te agradezco de todo corazón haberme dado tal padre! Atrévase alguien a decir que obraste mal cuando fuí engendrado y enviaré su alma al infierno. Vamos, señora, te presentaré a mis parientes, y ellos reconocerán que cuando Ricardo quiso darme el ser, si tú hubieras dicho: «No», habría sido un pecado. Quien dijere lo contrario, miente; yo digo que no lo fué. *(Salen.)*

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Francia.—Ante los muros de Angers

Entran, de un lado, el ARCHIDUQUE DE AUSTRIA *y sus tropas; del otro,* FELIPE, *rey de Francia, y sus tropas;* LUIS, CONSTANZA, ARTURO *y gentes del séquito*

REY FELIPE.—Sed bien venido ante Angers, bravo Austria. Arturo, el gran precursor de tu sangre, aquel Ricardo que arrancó el corazón de un león e hizo la guerra santa en Palestina, descendió prematuramente a la tumba por este bravo duque, y para reparación a su posteridad, a solicitación nuestra, ha venido aquí con ánimo de desplegar sus estandartes en favor tuyo, niño, y castigar la usurpación de tu desnaturalizado tío Juan el inglés; abrázale, ámale y dale la bienvenida.

ARTURO.—Dios os perdone la muerte de Corazón de León, tanto más voluntariamente cuanto que dais la vida a su posteridad, cobijando sus derechos bajo vuestras alas de guerra. Os doy la bienvenida con una mano sin potencia, pero con un corazón henchido de afecto inmaculado. Sed bien venido ante las puertas de Angers, duque.

REY FELIPE.—¡Noble criatura! ¿Quién no defendería tus derechos?

AUSTRIA.—Sobre tus mejillas imprimo este beso de adhesión como sello de la seguridad de mi afecto, que no volveré a mis estados sin que Angers y los derechos que posees en Francia te sean reconocidos, así como esta pálida costa, de blanco aspecto, cuyo pie rechaza con desdén las rugientes mareas del Océano y separa a esos insulares de las otras naciones; hasta que Inglaterra, cuyo mar le sirve de cintura, y ese baluarte, cuyos muros son de agua y que se cree resguardada contra las invasiones extranjeras; hasta que ese extremo rincón de Occidente te salude como rey; hasta entonces, bello infante, no pensaré en el retorno, sino que permaneceré bajo las armas.

CONSTANZA.—¡Oh! Recibid el agradecimiento de su madre, el agradecimiento de una viuda, hasta que vuestro potente brazo le preste la fuerza necesaria para corresponder más dignamente a vuestra abnegación.

AUSTRIA.—La paz del Cielo esté con aquellos que toman sus espadas en una guerra tan legítima y tan justa como ésta.

REY FELIPE.—Bien; entonces, manos a la obra. Apuntaremos nuestros cañones contra el frente de esta ciudad que se nos resiste. Llámese a nuestros más renombrados estrategas para elegir las posiciones más ventajosas; depositaremos ante esa villa nuestros reales huesos; atravesaremos un río de sangre francesa hasta llegar a su plaza central; pero la someteremos a este niño.

CONSTANZA.—Aguardad la contestación de vuestra embajada antes de manchar imprudentemente vuestras espadas de

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

sangre. Mi señor, Chatillon tal vez traiga de Inglaterra, obtenido por la paz, el derecho que aquí reclamamos por la guerra, y entonces nos arrepentiríamos de cada gota de sangre que una precipitación demasiado ardiente nos haría derramar.

Entra CHATILLÓN

REY FELIPE.—¡Asombroso, señora! A la enunciación de tu deseo, llega nuestro mensajero Chatillón. Dinos brevemente qué responde Inglaterra, amable señor; haremos silencio para escucharte. Habla, Chatillón.

CHATILLÓN.—Entonces, retirad vuestras fuerzas de este asedio insignificante y disponedlas para una empresa más difícil. El rey de Inglaterra, irritado por vuestras justas peticiones, se ha puesto en armas. Los vientos contrarios, de que yo esperaba buen resultado, le han dado tiempo para desembarcar sus tropas tan aprisa como yo. A marchas forzadas se dirige a esta ciudad con fuerzas poderosas y soldados confiados. Con él vienen la reina madre, una Até que excita a la sangre y a la lucha, su sobrina doña Blanca de España y un bastardo del difunto rey. Y todos los descontentos del país, temerarios, desconsiderados, voluntarios audaces con rostros de damas e impetuosidad de fieros dragones, han vendido sus patrimonios en sus nativos hogares y llevan orgullosamente sus herencias a la espalda, esperando tentar aquí el azar de una nueva fortuna. En una palabra: nunca más valiente selección de espíritus intrépidos navegó sobre las olas tempestuosas para llevar la ofensa y el deshonor a la Cristiandad, como la que acaban de desembarcar los barcos ingleses. *(Oyense tambores dentro.)* La interrupción de sus groseros tambores me dispensan de más amplios detalles; se acercan para parlamentar o para combatir; por consiguiente, preparaos.

REY FELIPE.—¡Qué expedición más imprevista!

AUSTRIA.—Cuanto más nos sorprenda de improviso, tanto más debemos apelar a nuestra energía para la defensa, pues el valor crece con las circunstancias; sean, pues, bien venidos: nosotros estamos preparados.

Entran el REY JUAN, LEONOR, BLANCA, *el* BASTARDO, *señores y tropas*

REY JUAN.—Paz a Francia, si Francia nos permite efectuar en paz nuestra entrada en lo que nos pertenece por derecho legítimo y hereditario; si no, que Francia sangre y que la paz se remonte al cielo, mientras nosotros, agentes de la cólera de Dios, corregiremos las insolencias desdeñosas de los que rechazan su paz al cielo.

REY FELIPE.—¡Paz a Inglaterra, si ese ejército en armas consiente en volverse de Francia a Inglaterra para allí vivir en paz! Amamos a Inglaterra, y por amor a Inglaterra sudamos ahora bajo el peso de nuestra armadura. El trabajo que aquí realizamos debiera ser obra tuya; pero te hallas tan lejos de amar a Inglaterra, que has suplantado su monarca legítimo, roto el orden de sucesión de su posteridad, ultrajando descaradamente los derechos de un niño y cometido violencia en la virtud virginal de la Corona. Contempla aquí el rostro de tu hermano Godofredo; estos ojos, esta frente fueron modelados por los suyos; este menudo compendio contiene la gran obra que murió en Godofredo, y la mano del tiempo ensanchará este epítome y le dará el mismo volumen. Ese Godofredo era tu hermano mayor, y este niño es su hijo. Inglaterra era, en derecho, de Godofredo, y ella es, en derecho, de este niño. En nombre de Dios, ¿cómo se explica, si ello es así, que tú seas llamado rey cuando late sangre viva en estas sienes, a las cuales corresponde la corona de que te has adueñado?

REY JUAN.—Francia, ¿de quién has recibido este gran encargo de exigir que conteste yo a tus preguntas?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

REY FELIPE. — De aquel Rey Supremo que inspira a las almas investidas de una potente autoridad el buen pensamiento de prestar atención a las violencias y ataques que se hacen al derecho. Ese Juez me ha nombrado tutor de este niño, y con su autorización acuso tu injusticia, y con auxilio suyo pretendo castigarla.

REY JUAN. — ¡Ay! Usurpas la autoridad.

REY FELIPE.—Perdón; lo que hago es confundir al usurpador.

LEONOR.—¿A quién llamas tú usurpador, Francia?

CONSTANZA.—Déjame dar la respuesta: el usurpador es tu hijo.

LEONOR.—¡Fuera, insolente! Es preciso que tu bastardo sea rey para que tú seas reina y puedas imponerte al mundo.

CONSTANZA.—Mi lecho fué siempre tan fiel a tu hijo como el tuyo a tu esposo, y este niño se parece más por el rostro a su padre Godofredo que tú y Juan os parecéis en las maneras, pues él se le asemeja como la lluvia al agua o el diablo a su madre. ¡Mi hijo un bastardo! Por mi alma, creo que su padre no fué jamás tan lealmente engendrado; ello era imposible siendo tú su madre.

LEONOR.—He aquí una buena madre, niño, que deshonra a tu padre.

CONSTANZA.—He aquí una buena abuela, niño, que quiere deshonrarte.

AUSTRIA.—¡Silencio!

BASTARDO. — Escuchad al ujier pregonero.

AUSTRIA.—¿Quién diablos eres tú?

BASTARDO. — Uno que representará el papel de diablo con vos, señor, si puede cazaros sólo a vos y a vuestra piel de león. Sois la liebre de que habla el proverbio; vuestro valor consiste en tirar de las barbas a los leones muertos. Yo os ahumaré la piel como pueda atraparos en algún sitio. ¡Tened cuidado con ello, pillastre! ¡Por mi fe que lo haré, por mi fe!

BLANCA.—¡Oh! Ese traje de león sienta a maravilla a quien ha despojado al león de ese traje.

BASTARDO.—Le cae tan bien sobre las espaldas como los zapatos del gran Alcides a un asno; pero, asno, yo os quitaré esa carga de los hombros u os añadiré otras que os los quebrantarán.

AUSTRIA.—¿Quién es ese quebrantador que ensordece nuestros oídos con esta abundancia de palabras superfluas? Rey... Luis, determina lo que debemos hacer inmediatamente.

REY FELIPE.—Mujeres y locos, terminad esta conferencia. Rey Juan, he aquí en resumen lo que te pido: te reclamo, en nombre de los derechos de Arturo, Inglaterra e Irlanda, Anjou, la Turena y el Maine. ¿Quieres renunciar a ello y deponer las armas?

REY JUAN.—¡Antes renunciaría a mi vida! ¡Te desafío, Francia! Arturo de Bretaña, confía en mis manos y recibirás de mi tierna afección más que podría concederte la cobarde mano de Francia. Sométete, muchacho.

LEONOR.—Ven con tu abuela, niño.

CONSTANZA.—Hazlo, niño; ve con tu abuela, niño; dale a tu abuela un reino, y tu abuela te dará una ciruela, una cereza y un higo. ¡Qué abuela tan buena!

ARTURO. — Mi querida madre, ¡silencio! Quisiera hallarme tendido a lo largo de mi tumba; no soy digno de este alboroto que se ha hecho por mí.

LEONOR.—¡Pobre niño! Le ha causado tal vergüenza su madre, que llora.

CONSTANZA.—¡Vergüenza sobre vos, le haya o no causado ella vergüenza! Son los insultos de su abuela, y no las vergüenzas de su madre, los que hacen manar de sus pobres ojos esas perlas capaces de conmover al Cielo, y que el Cielo aceptará como pago de lo que le es debido; sí, el Cielo será seducido por ese rosario de cristalinas lágrimas, e impulsado a hacerle justicia y a vengarse de vos.

LEONOR.—¡Tú, monstruosa calumniadora de los cielos y la tierra!

CONSTANZA. — ¡Tú, monstruosa habla-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

dora de los cielos y la tierra! No me acuses de calumnia; tú y tu hijo usurpáis las dominaciones, las soberanías y los derechos de este niño oprimido. Este es el hijo de tu hijo primogénito, y su única desgracia es tenerte por abuela; tus pecados son castigados en este pobre niño; el auto de la ley le hiere, siendo sólo la segunda generación salida de tus entrañas la que concibió el pecado.

REY JUAN.—¡Acaba!

CONSTANZA.—No me queda más que esto por decir: que no es solamente desgraciado por las consecuencias naturales de su pecado, sino que Dios ha hecho de su persona misma el instrumento encargado de vengar su propio pecado sobre la persona de este descendiente, a causa de ella y castigado por ella. Su pecado es la ofensa que ha cometido con este niño, y esta ofensa es a su vez el azote de su pecado. ¡Maldición sobre ella!

LEONOR.—¡Arpía imprudente, puedo dictar un testamento que anule los títulos de tu hijo!

CONSTANZA.—Sí, ¿quién lo duda? ¡Un testamento! ¡Un testamento inicuo, una última voluntad de mujer, la voluntad de una abuela corrompida!

REY FELIPE.—¡Silencio, señora! Calma, o sed más moderada. El sitio no es adecuado para recriminaciones malsonantes. ¡Convoque alguna trompeta a venir sobre los baluartes a los ciudadanos de Angers! Oigámosles decir a quién diputan con más títulos: a Arturo o a Juan.

Suenan trompetas. Aparecen ciudadanos en lo alto de los muros

CIUDADANO 1.º—¿Quién nos convoca en los baluartes?

REY FELIPE.—Francia, en nombre de Inglaterra.

REY JUAN.—Inglaterra, en nombre propio. Vosotros, hombres de Angers, mis fieles súbditos...

REY FELIPE.—Vosotros, fieles hombres de Angers, súbditos de Arturo, nuestras trompetas os llaman a esa conferencia cordial...

REY JUAN.—Para ventaja nuestra. Por consiguiente, oídnos el primero. Estos pendones de Francia que están desplegados ante vuestros ojos y enfrente de vuestra ciudad, han venido aquí para vuestra ruina. Los cañones tienen sus entrañas llenas de cólera y, montados como se hallan, están dispuestos a vomitar contra vuestras murallas su indignación de hierro. Todos los preparativos hechos por los franceses para un sitio sangriento y una guerra inexorable se muestran aquí visibles bajo los ojos de vuestra ciudad, frente a vuestras puertas cerradas, y sin nuestro auxilio, las piedras dormidas que os circundan habrían sido a estas horas expulsadas de su sólido lecho de argamasa por la violencia de su artillería, abriendo una profunda brecha al poder sanguinario para atentar contra vuestro reposo. Mas a la vista de nos, vuestro legítimo rey (que penosamente, por una marcha de extrema celeridad, hemos colocado ante vuestras puertas un contrapeso a su furia, evitando el menor rasguño a vuestra amenazada ciudad), **miradlo**, los franceses, heridos de estupor, acceden a parlamentar; y ahora, en vez de bolitas envueltas en fuego, para hacer sacudidas febriles en vuestros muros, ya no os envían sino palabras conciliadoras envueltas en humo para introducir en vuestros oídos una mentira desleal. Conceded a estas palabras la confianza que merecen y dejadnos entrar. Vuestro rey, cuyas fuerzas están fatigadas, agotadas por una marcha tan veloz, solicita un *asilo en el recinto de vuestros muros.*

REY FELIPE.—Cuando yo haya hablado, responderéis a ambos. ¡Ved! A mi mano derecha, cuya protección se ha consagrado religiosamente a la defensa del derecho del que le tiene, ved aquí al joven Plantagenet, hijo del hermano mayor de este nombre, su rey, y rey de cuanto le pertenece. Por la equidad así

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

hollada con los pies es por lo que pisamos bajo los pesos de nuestra marcha guerrera estas verdes campiñas que se extienden ante vuestra ciudad, no siendo vuestro enemigo sino mientras estemos religiosamente obligados por la intervención de nuestro hospitalario celo a la defensa de este niño oprimido. Dignaos, por tanto, rendir el homenaje que lealmente debéis a aquel que en derecho lo merece, es decir, a este joven príncipe, y entonces nuestras armas, semejantes a un oso abozalado, no tendrán nada de ofensivo, salvo el aspecto. La malicia de nuestros cañones se estrellará inútilmente contra las invulnerables nubes del cielo; y con una retirada bendecida y sin odio, con nuestras espadas sin mellas y nuestros yelmos sin abolladuras, llevaremos a nuestros hogares la sangre valerosa que habíamos venido a verter delante de vuestra ciudad, y os dejaremos tranquilos a vuestros hijos, a vuestras mujeres y a vosotros. Pero si imprudentemente rechazáis las ofertas que os hacemos, no será la redondez de vuestros viejos muros lo que os oculte a nuestros mensajeros de guerra, aun cuando todos los ingleses con sus medios de defensa os acogieran en su fuerte recinto. Por consiguiente, decidnos: ¿vuestra ciudad nos proclamará señor en nombre de aquel por quien hemos tomado la causa en la mano, o deberemos dar la señal de nuestra cólera y entrar por la sangre en posesión de nuestro derecho?

CIUDADANO 1.º—En dos palabras: nosotros somos súbditos del rey de Inglaterra; y para él y en nombre de sus derechos reservamos esta ciudad.

REY JUAN.—Entonces, reconoced en mí al rey y dejadme entrar.

CIUDADANO 1.º—Eso no podemos; pero a aquel que pruebe que es rey le probaremos nuestra fidelidad. Hasta entonces, nuestras puertas permanecerán atrincheradas contra el mundo entero.

REY JUAN.—¿Es que la corona de Inglaterra no prueba quién es el rey? Y si esto no basta, os traigo por testigo treinta mil corazones de raza inglesa...

BASTARDO.—Bastardos y de los otros.

REY JUAN. —...para sellar con sus vidas la legitimidad de nuestros títulos.

REY FELIPE.—Otros tantos y de sangre no menos bien nacida que ésos...

BASTARDO.—Con algunos bastardos también.

REY FEPIPE. —...están cara a cara de ellos para contradecir sus pretensiones.

CIUDADANO 1.º—Hasta que tú establezcas quién es aquel cuyo derecho es más legítimo, nosotros retiramos nuestra fidelidad a ambos para reservarla al más legítimo.

REY JUAN. —Entonces, Dios absuelva los pecados de todas las almas que antes que caiga el rocío de la noche volarán a su eterna mansión a consecuencia de esta terrible prueba emprendida para decidir cuál es el rey de nuestro reino.

REY FELIPE.—¡Amén, amén! ¡A caballo, caballeros! ¡A las armas!

BASTARDO.—¡San Jorge, que aherrojaste al dragón y que después te asientas a lomos de su caballo a la puerta de mi hospedadora, enséñanos algún medio de defensa! *(A* AUSTRIA.) ¡Pillastre, si yo estuviera en vuestra casa, en vuestra guarida, con vuestra leona, pillastre, añadiría una cabeza de buey a vuestra piel de león y os transformaría en un monstruo!

AUSTRIA.—¡Silencio! ¡Basta!

BASTARDO.—¡Oh, temblad, pues oís rugir al león!

REY JUAN.—En lo más alto de la llanura; allí asignaremos a nuestros regimientos los mejores puntos de combate.

BASTARDO. —Apresurémonos, entonces, para tener la ventaja del terreno.

REY FELIPE.—Lo mismo digo *(A* LUIS.), y mandad al resto de las tropas que se sitúen en la otra colina. ¡Dios y nuestro derecho! *(Salen.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ESCENA II

El mismo lugar

Fragores de combate y salidas; después, retreta. Entra un HERALDO FRANCÉS *con trompetas y se dirige a las puertas de la ciudad*

HERALDO FRANCÉS. — Hombres de Angers, abrid de par en par vuestras puertas y permitid entrar al joven Arturo, duque de Bretaña, que, merced a la mano de Francia, ha dado que hacer hoy a las lágrimas de las madres inglesas, cuyos hijos yacen dispersos sobre la tierra ensangrentada; los esposos de muchas viudas yacen envueltos en el polvo y abrazan fríamente la descolorida tierra; y la victoria lograda con pérdidas mínimas juguetea sobre los alegres estandartes de los franceses, que, desplegados en orden triunfal, están a la mano, prontos a entrar en son de conquista y a proclamar a Arturo de Bretaña rey de Inglaterra y vuestro.

Entra un HERALDO INGLÉS *con trompetas*

HERALDO INGLÉS.—Regocijaos, hombres de Angers; echad a vuelo vuestras campanas; el rey Juan, vuestro rey y de Inglaterra, se aproxima, dueño de esta cálida y cruenta jornada. Las armaduras de sus soldados, que partieron de aquí brillantes como la plata, retornan doradas por la sangre de los franceses. Ni una pluma de un yelmo inglés ha sido derribada por una lanza francesa; nuestros estandartes retornan llevados por las mismas manos que los desplegaban en el instante de nuestra marcha; y semejantes a una alegre partida de cazadores, nuestros vigorosos ingleses avanzan, con las manos empurpuradas, tintas en la carnicería de sus enemigos; abrid vuestras puertas y dad acceso a los vencedores.

CIUDADANO 1.º—Heraldos, desde lo alto de nuestras torres hemos podido contemplar, desde el principio al fin, la salida y la retirada de vuestros dos ejércitos, cuyos mejores ojos no habrán advertido la menor ventaja por parte alguna. La sangre se ha pagado con la sangre; a los golpes se ha contestado con los golpes; la fuerza ha afrontado a la fuerza; el poder se ha medido con el poder. Los dos adversarios han quedado iguales, y nosotros los amamos igualmente. Es preciso que haya uno que pruebe que es el más poderoso; en tanto se equilibren, conservaremos nuestra ciudad para los dos y para ninguno de los dos al mismo tiempo.

Vuelven a entrar los dos REYES, *con sus tropas, por distintos lados*

REY JUAN.—Francia, ¿tienes aún más sangre que prodigar? Dinos: ¿dejarás desbordarse libremente la corriente de nuestro derecho? Impedida en su curso por tres obstáculos, será preciso que abandone su cauce natal y que extienda su carrera desenfrenada hasta tus riberas vecinas; a no ser que tú permitas que sus aguas de plata prosigan pacíficamente su curso al Océano.

REY FELIPE.—Inglaterra, no has salvado una gota de sangre más que Francia en esta cálida tentativa; antes has perdido más; y juro, por esta mano que gobierna el país sometido a esta porción del cielo, que antes de deponer las armas, alzadas por una causa justa, te habremos derribado a ti, contra el cual hemos tomado estas armas, o habremos añadido una cifra real al número de los muertos, honrando el pergamino que narre las pérdidas de esta guerra con una mención de carnicería asociada a los nombres de los reyes.

BASTARDO.—¡Ah majestad! ¡Qué alta se eleva tu gloria cuando se inflama la rica sangre de los reyes! ¡Oh! Ahora la Muerte guarnece de acero sus muertas mandíbulas; las espadas de los soldados son sus dientes, sus garras, y ahora se da un festín mascando carne de hombre, merced a estas querellas de

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

reyes en suspenso. ¿Por qué permanecen esas frentes reales así estupefactas? ¡Gritad: «¡Matanza!», reyes! ¡Volved a las llanuras manchadas, vosotros, adversarios iguales en potencia, espíritus encendidos de cólera! Y que la destrucción de una parte confirme la paz de la otra. ¡Hasta entonces, refriega, sangre y muerte!

REY JUAN.—¿De cuál de las dos partes se ponen los habitantes de la ciudad?

REY FELIPE.—Pronunciaos por Inglaterra, ciudadanos. ¿Quién es vuestro rey?

CIUDADANO 1.º—El rey de Inglaterra, cuando le conozcamos.

REY FELIPE.—Reconocedlo en nos, que sostenemos aquí su derecho.

REY JUAN.—En nos, que somos nuestro propio gran lugarteniente y que traemos la representación de nuestra propia persona, señor de nuestra presencia, de Angers y vuestro.

CIUDADANO 1.º—Un poder mayor que el que ostentamos se opone a todo ello; y hasta que no nos quepa duda continuaremos guardando bajo llave nuestros primeros escrúpulos detrás de nuestras puertas, sólidamente encerrojadas. Tendremos por reyes nuestros temores hasta que nuestros temores no tengan razón de ser, disipados y resueltos por algún rey verdadero.

BASTARDO.—Por el cielo, que esos escrúpulos de los de Angers se burlan de vosotros, reyes; y permanecen seguros en sus almenas como en un teatro, desde donde miran y critican, señalando con el dedo la ingeniosidad de vuestras escenas y los actos de muerte. Déjense dirigir por mí vuestras reales personas; haced como los amotinados de Jerusalén: sed amigos algún tiempo y enderezad de acuerdo contra esta ciudad vuestras más terribles acciones de venganza. Que de Oriente a Occidente no cesen Francia e Inglaterra de apuntar sus cañones cargados hasta la boca, antes que los espantosos clamores de sus almas derrumben con estrépito los miemoros de piedra de esta presuntuosa ciudad. Yo tiraría incesantemente contra esos bellacos hasta que el desmantelamiento de sus baluartes los dejara tan desnudos como el aire corriente. Esto hecho, separad vuestras fuerzas unidas y apartad otra vez vuestras banderas mezcladas; poneos frente a frente y punta contra punta sangrienta; después, en un momento, la Fortuna elegirá en uno de ambos lados al venturoso mimado a quien haya de conceder el triunfo en aquel día y besarle con una gloriosa victoria. ¿Qué os parece este prudente consejo, poderosos monarcas? ¿No le encontráis cierto sabor político?

REY JUAN.—Pues, por el cielo suspendido sobre nuestras cabezas, que me parece bien. Francia, ¿unimos nuestros ejércitos? ¿Derribamos hasta sus cimientos a este Angers y combatimos acto seguido para saber quién será rey?

BASTARDO.—Si tienes temple de rey, puesto que eres ultrajado como nosotros por esta ciudad estúpida, vuelve las bocas de tu artillería, como nosotros las nuestras, contra estos muros impertinentes, y cuando los hayamos derribado en tierra, retémonos entonces mutuamente, y en mezcolanza unos con otros, trabajemos para el cielo o el infierno.

REY FELIPE.—Sea. Decid: ¿desde dónde asaltaréis vosotros?

REY JUAN.—Desde el Oeste enviaremos la destrucción contra el centro de esta ciudad.

AUSTRIA.—Yo, desde el Norte.

REY FELIPE.—Nuestros truenos lloverán desde el Sur su granizo de bombas sobre esta ciudad.

BASTARDO.—¡Oh! ¡Estrategia prudente! De Norte a Sur, Austria y Francia dispararán la una a la otra. Animémosles. ¡Vamos, adelante, adelante!

CIUDADANO 1.º—Oidnos, grandes reyes. Dignaos esperar un momento y os mostraré la paz y la más bella de las alianzas. Conquistad esta ciudad sin golpes

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ni heridas; permitid a estos seres vivientes, holocaustos destinados a los campos de batalla, que vengan aquí a morir en sus lechos. No perseveréis en vuestro propósito, sino escuchadme, poderosos reyes.

REY JUAN.—Hablad con confianza; estamos dispuestos a oírte.

CIUDADANO 1.º—Esta hija de España, aquí presente, doña Blanca, está emparentada con Inglaterra; considerad los años del delfín Luis y de esa amable joven. Si el amor encendido emprendiera la conquista de la hermosura, ¿dónde hallaría una belleza más bella que en Blanca? Si el amor celoso buscara la virtud, ¿dónde encontraría una más pura que en Blanca? Si el amor ambicioso deseara un enlace de nobleza de nacimiento, ¿por qué venas corre una sangre más esclarecida que la de doña Blanca? Tal como ella es por belleza, virtud y nacimiento, es el joven delfín completo en todo; si él es incompleto en algo, es que falta en ella; y ella, por su parte, no carece de nada de lo que se puede llamar cualidad deseable, a menos que lo que falte no sea el no ser él; él es la mitad de un hombre perfecto destinado a completarse por una mujer como ella; y ella es una bella perfección dividida, cuya plenitud suprema reside en él. ¡Oh! Semejante a dos arroyos de plata, cuando se unan, glorificarán las riberas que los limiten; y vos seréis, reyes, las orillas de estas dos corrientes reunidas en una sola, los límites que contendrán a ambos príncipes, si los casáis. Esa unión hará más que vuestras baterías en nuestras puertas sólidamente cerradas, porque una vez concluído este matrimonio, con un apresuramiento más veloz que aquel a que podría impelernos la pólvora, abriríamos las bocas del paso y os daríamos pronta entrada; pero sin este matrimonio, sabedlo, el mar enfurecido no será más sordo, ni los leones más resueltos, ni las montañas y las rocas más inconmovibles, no, ni la muerte misma la mitad de inflexible en su furia mortal, que obstinados nosotros por guardar esta fortaleza.

BASTARDO.—¡He aquí un morador que agita fuera de sus andrajos el podrido esqueleto de la vieja muerte! ¡Vaya una ancha boca, en verdad, escupiendo muerte y montañas, rocas y mares, hablando con tanta familiaridad de leones rugientes como las chicas de trece años de sus perrillos! ¿Qué artillero ha engendrado una sangre tan ardiente? ¡Habla con la mayor naturalidad de cañones, de fuego, de humo y de explosivos; nos da una paliza con su lengua; nuestros oídos reciben sus garrotazos; no hay palabra suya que no aplane más que un puñetazo de Francia! ¡Voto va! Jamás me abrumaron tanto con palabras desde que por vez primera llamé papá al padre de mi hermano.

LEONOR.—*(Aparte, al* REY JUAN.) Hijo mío, prestémonos a esta unión; hagamos este matrimonio; demos con nuestra sobrina un dominio importante y extenso, pues con este nudo atarás sólidamente la corona hoy mal consolidada sobre tu cabeza, que ese niño, con el fresco verdor de allá abajo, no tendrá sol bastante para que madure la flor que promete el fruto del poder. Leo el consentimiento en las miradas de Francia; ved cómo cuchichean; estimúlalos mientras sus almas son capaces de esta ambición; no sea que su celo, ahora derretido por el hálito pasajero de las tiernas plegarias, de la piedad y del remordimiento, se enfríe y condense de nuevo, tornando a lo que era.

CIUDADANO 1.º—¿Por qué no contestan vuestras dobles majestades a esta amistosa proposición de nuestra ciudad amenazada?

REY FELIPE.—Hable Inglaterra primero, ya que fué la primera en parlamentar con esta ciudad. ¿Qué decís vos?

REY JUAN.—Si el delfín, aquí presente, el príncipe su hijo, puede leer «yo amo» en este libro de belleza, la dote de mi sobrina igualará a la de una reina, pues el Anjou, la hermosa Turena, el Maine,

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Poitiers y (excepto esta ciudad ahora asediada por nosotros) todas las posesiones que en este lado del mar consideramos como realce de nuestra Corona y de nuestra dignidad, dorarán su lecho nupcial, y la harán tan rica en títulos, honores y rangos como lo era en belleza, educación y nacimiento, igualándola con todas las princesas del mundo.

REY FELIPE.—¿Qué dices tú, muchacho? Mira el rostro de la dama.

LUIS. — Es lo que hago, señor; y en sus ojos descubro una maravilla, un maravilloso milagro. Mi propia sombra se refleja en sus ojos; y este reflejo, aunque no sea sino la sombra de vuestro hijo, se convierte en un sol y reduce a vuestro hijo al estado de sombra: juro que nunca me amé tanto como ahora, que contemplo mi propia imagen dibujada en el lienzo halagador de sus ojos. *(Habla en voz baja con* BLANCA.)

BASTARDO.—¡Dibujado en el lienzo halagador de sus ojos! ¡Colgado en el pliegue de su entrecejo fruncido! ¡Y descuartizado en su corazón! Se denuncia a sí mismo como traidor en amor. Verdaderamente que da ahora lástima que se le cuelgue, dibuje y descuartice con motivo de semejante amor, tan vil y pesado como es.

BLANCA.—La voluntad de mi tío es, en este respecto, la mía. Si ve en vos alguna cosa que le place, esta alguna cosa que ve y le place mi voluntad puede fácilmente consentirla; o, si lo preferís, para hablar con mayor exactitud, puedo con facilidad imponérselo a mi corazón. Señor, no os quiero adular hasta el punto de deciros que cuanto veo en vos es digno de amor; pero os diré que no veo nada en vos, incluso juzgándoos con malos pensamientos, que me parezca que merece el odio.

REY JUAN.—¿Qué dicen estos jóvenes? *¿Qué decís vos, sobrina mía?*

BLANCA.—Vuestra sobrina dice que su honor la obliga a hacer siempre lo que decida vuestra sabiduría.

REY JUAN.—Hablad, pues, príncipe delfín: ¿podéis amar a esta dama?

LUIS. — Preguntadme antes si puedo dejar de amarla, porque la amo con toda sinceridad.

REY JUAN.—Entonces te doy con ella las cinco provincias del Vexino, de la Turena, del Maine, de Poitiers y de Anjou, y añado todavía treinta mil marcos en moneda inglesa. Felipe de Francia, si te agradan estos arreglos, ordena a tu hijo y a tu hija que se den las manos.

REY FELIPE. — Nos agradan por completo. Jóvenes príncipes, unid vuestras manos.

AUSTRIA. — Y vuestros labios también, pues estoy seguro de haberlo hecho así la primera vez que tuve novia.

REY FELIPE. — Ahora, ciudadanos de Angers, abrid vuestras puertas y dejad entrar esta alianza que habéis efectuado, pues la ceremonia del matrimonio se celebrará inmediatamente en la capilla de Santa María. ¿No está ladi Constanza en esta reunión? Veo que no, pues su presencia habría puesto muchos obstáculos al arreglo de este matrimonio. ¿Dónde están ella y su hijo? Decídmelo, que lo sepa.

LUIS.—Se halla en la tienda de vuestra alteza, triste y abatida.

REY FELIPE.—Pues a fe que esta alianza que acabamos de contraer aliviará poco su tristeza. Hermanos de Inglaterra, *¿cómo contentaríamos* a esta dama viuda? Hemos venido en nombre de sus derechos, y Dios sabe si nuestra intención ha cambiado de rumbo para ventaja nuestra.

REY JUAN.—A todo pondremos remedio, pues haremos al joven Arturo duque de Bretaña y conde de Richmond y señor de esta rica y bella isla. Llamad a ladi Constanza; que algún mensajero rápido le ordene venir para que asista a nuestra solemnidad; yo confío en que podremos, si no llenar enteramente la medida de sus deseos, a lo menos darle satisfacción en alguna medida para

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

acallar sus recriminaciones. Vamos, tan convenientemente como nos lo permita nuestro apresuramiento, a celebrar esta ceremonia imprevista e improvisada. *(Salen todos, excepto el* BASTARDO. *Los* CIUDADANOS *se retiran de los baluartes.)*

BASTARDO. — ¡*Estúpido mundo*! ¡Estúpidos reyes! ¡Estúpida alianza! Juan, para atajar completamente las pretensiones de Arturo, ha abandonado voluntariamente una parte de ellas; y Francia, que, bajo los dictados de su conciencia, se habia abroquelado en su armadura, que la virtud y la caridad habían conducido en el campo de batalla como soldado de Dios, se ha dejado seducir los oídos por ese diablo pérfido que hace cambiar las resoluciones, por ese entremetido que perpetuamente asume la buena fe, por ese quebrantador cotidiano de promesas, por el que estafa a todo el mundo: a los reyes, a los mendigos, a los viejos, a los jóvenes, a las doncellas; por el que, no teniendo cosa externa que perder, fuera de la palabra «virgen», despoja de ella a la pobre virgen; por ese caballero de cara pulida que se llama Interés. ¡El interés, ese desviador del mundo! El mundo, por sí mismo, estaba en buen equilibrio, rodaba por un terreno plano, cuando el Interés, esa vil e irresistible pendiente, ese dueño tiránico de nuestros movimientos, le hizo cambiar de frente contra toda lógica, sin devolverle su dirección, su objeto, su curso, su propósito. Y ese *mismo obstáculo*, ese Interés, ese fullero, ese zurcidor de voluntades, ese vocablo que cambia todas las cosas, que debiera haber brillado por encima de los ojos del versátil rey de Francia, le ha hecho retirar la ayuda que estaba dispuesto a dar, y de una guerra concluída con honor, le ha arrojado a una paz vil y concertada con bajeza. Y yo, ¿por qué me burlo de este Interés? Porque no me ha cortejado todavía. No es que yo tuviese valor para cerrar mi mano cuando sus hermosos ángeles quisieran saludar mi palma; pero como mi mano no ha sentido aún la tentación, parece un pobre mendigo despotricando contra un rico. Bueno; mientras sea un mendigo, despotricaré y diré que no hay otro pecado sino el ser rico; y cuando sea rico, mi virtud consistirá en decir que el único vicio es la pobreza. Puesto que los reyes rompen su juramento ante el Interés, ¡Ganancia, sé mi diosa, pues quiero rendirte culto! *(Sale.)*

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Francia.—La tienda del rey francés

Entran CONSTANZA, ARTURO *y* SALISBURY

CONSTANZA.—¡Han ido a casarse! ¡Han ido a concertar una paz! ¡Sangre perjura unida a sangre perjura! ¡Han ido a hacerse amigos! ¿Poseerá Luis a Blanca, y Blanca esas provincias? No puede ser así; te has equivocado, has entendido mal. Reflexiona bien: relátame de nuevo tu relato. Eso no puede ser. Dices, no obstante, que ello es así. Confío en que no debo confiar en ti, pues tu palabra es sólo el vano aliento de un hombre vulgar. Créeme, no te creo, hombre; el juramento de un rey me asegura de lo contrario. Se te castigará por haberme asustado de ese modo: pues estoy enferma y soy accesible a los terrores, agobiada de desgracias y, por tanto, llena de miedos; una viuda, privada del auxilio de su esposo, sujeta al temor; una mujer nacida, naturalmente, para el temor, y aunque ahora me declaras que no había hecho más

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

que burlarte, no podría establecer una tregua con mis espíritus turbados, sino que me agitarían y me harían temblar todo el día de hoy. ¿Qué quieren decir tus movimientos de cabeza? ¿Por qué miras tan tristemente a mi hijo? ¿Qué significa esa mano sobre tu pecho? ¿Por qué vierten tus ojos esas piadosas lágrimas, parecidas a un soberbio río que se desborda sobre sus cauces? ¿Son esos tristes signos confirmación de tus palabras? Entonces habla otra vez; no para repetirme entero tu discurso, sino para decirme una sola palabra: si es cierto tu relato.

SALISBURY.—Tan cierto como creo suponéis falsos a los que os dan causa para probar la certeza de mi discurso.

CONSTANZA. — ¡Oh! Si me enseñas a creer este dolor, enseña a este dolor el modo de matarme; y que esta certidumbre y mi vida choquen como la furia de dos hombres desesperados que, en la violencia de su encuentro, caen y mueren. ¡Luis casado con Blanca! ¡Oh doncel! ¿Qué será de ti en ese caso? ¡Francia en amistad con Inglaterra! ¿Qué me sobrevendrá a mí? ¡Vete, compañero! No puedo soportar tu vista. Las nuevas que me has traído han hecho de ti un hombre horrible a mis ojos.

SALISBURY.—¿Qué otro mal os he causado, buena señora, sino contaros el mal que otros han hecho?

CONSTANZA. — Mal por sí mismo tan odioso, que hace malhechores a los que lo hablan.

ARTURO. — Os suplico, señora, que os resignéis.

CONSTANZA. — Si tú, que me pides que me resigne, fueras ruin, feo y oprobio del vientre de tu madre, lleno de manchas desagradables y de repugnantes erupciones, cojo, idiota, contrahecho, negruzco, monstruoso, cubierto de odiosas verrugas y de señales repulsivas a los ojos, no me daría cuidado, me resignaría entonces; porque entonces no te amaría, no, ni tú serías digno de tu encumbrado nacimiento, ni merecerías una corona; pero eres hermoso, y en tu nacimiento, querido doncel, la Naturaleza y la Fortuna se asociaron para hacerte grande. Por los dones de la Naturaleza puedes medirte con los lirios y las rosas a medio abrir. Pero por la Fortuna, ¡oh!, esta corrompida ha cambiado y ha retirado sus favores de ti. Comete a cada hora un adulterio con tu tío Juan, y con su mano de oro ha impulsado a Francia a echar por tierra el bello respeto que se debe a la soberanía y a hacer de su majestad la mediadora de sus amores. ¡Francia es la alcahueta de la Fortuna y del rey Juan; de esa prostituta Fortuna y de ese usurpador Juan! Dime, compañero: ¿no es perjura Francia? Envenénala con palabras, o vete solo y deja solos estos dolores, cuyo peso yo sola debo soportar.

SALISBURY. — Perdonadme, señora; no puedo presentarme sin vos a los reyes.

CONSTANZA. — Pues debes hacerlo; yo no iré contigo; voy a enseñar orgullo a mis dolores, pues la desgracia es orgullosa y da fortaleza al que la guarda. Que los reyes vengan ante mí y ante la majestad de mi gran dolor, pues mi pena es tan grande, que nada, a no ser la vasta y sólida tierra, puede servirle de pedestal; aquí nos sentamos yo y mis dolores; he aquí mi trono; manda a los reyes que vengan a inclinarse ante él. *(Se sienta en el suelo.)*

Entran el REY JUAN, *el* REY FELIPE, LUIS, BLANCA, LEONOR, *el* BASTARDO, *el* ARCHIDUQUE DE AUSTRIA *y personas de su cortejo*

REY FELIPE. — Es cierto, encantadora hija; y este dichoso día será siempre en Francia fiesta de guardar; para solemnizar este día, el sol glorioso se ha detenido en su carrera y juega al alquimista, convirtiendo en oro resplandeciente la flaca y jugosa tierra con el esplendor de su precioso luminar. Su anual curso no la verá nunca sino como un día festivo.

CONSTANZA.—*(Levantándose.)* ¡Un día

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

nefando, y no un día de fiesta! ¿Qué ha merecido este día? ¿Qué ha hecho para que se inscriba en letras de oro entre los días memorables del calendario? ¡No, mejor fuera que se arrancase de la semana este día de oprobio, de opresión y de perjurio; o, si debe permanecer aún, que las mujeres encinta rueguen no ser libradas de su carga en ese día, de miedo que sus esperanzas produzcan un monstruo! ¡Que los marinos no teman naufragar sino este día! ¡Que no haya negocios malogrados más que los que en este día se realicen! ¡Que todas las cosas comenzadas este día tengan mal fin; sí, que la fe misma se torne en pérfida deslealtad!

REY FELIPE.—¡Por el Cielo, señora, no tenéis razón alguna para maldecir los felices resultados de este día! ¿No he comprometido con vos mi majestad?

CONSTANZA.—Me habéis engañado con una imitación parecida a la majestad, que, al contrastarse y probarse, se ha demostrado no tener valor: sois perjuro, perjuro; habéis venido en armas para hacer correr la sangre de mis enemigos; pero ahora, en armas, os fortalecéis con ellos. El vigor de los combates y la ardiente cólera de la guerra se han enfriado en una alianza y una paz de simulacro, y de nuestra opresión ha surgido esta liga. ¡Armaos, armaos, cielos, contra estos reyes perjuros! ¡Una viuda os clama; servidme de esposos, cielos! ¡Que las horas de este día impío no acaben este día en paz, sino que antes de ponerse el sol se alce la discordia armada entre estos reyes perjuros! ¡Oídme! ¡Oh, oídme!

AUSTRIA.—¡Paz, ladi Constanza!

CONSTANZA.—¡Guerra, guerra! ¡Nada de paz! ¡La paz es para mí una guerra! ¡Oh Limoges! ¡Oh Austria! ¡Deshonras ese despojo sangriento! ¡Eres un miserable, un infame, un cobarde! ¡Pequeño en valor, grande en villanía! ¡Siempre fuerte al lado del más fuerte! ¡Campeón de la Fortuna, que no combates jamás sino cuando su caprichosa señoría está a tu lado para enseñarte la seguridad! ¡Eres también un perjuro y adulas a la grandeza! ¡Eras un loco, un loco rastrero, al envanecerte y sellar y jurar la defensa de mi causa! Bella o de sangre fría, ¿no hablabas como el trueno en favor mío? ¿No juraste ser mi soldado pidiéndome que me encomendara a tu estrella, a tu suerte y a tu poder! ¡Y ahora te pasas a mis enemigos! ¡Llevar tú una piel de león! ¡Quítatela, por vergüenza, y cuelga de tus hombros cobardes una piel de carnero!

AUSTRIA. — ¡Oh! ¡Si un hombre me dijera esas palabras!...

BASTARDO.—Y cuelga de tus hombros cobardes una piel de carnero.

AUSTRIA.—¡No te atreverás a hablarme así, villano, sin responderme con tu vida!

BASTARDO.—Y cuelga de tus hombros cobardes una piel de carnero.

REY JUAN.—No nos gusta eso; te olvidas de quién eres.

Entra PANDOLFO

REY FELIPE.—Aquí llega el santo legado del Papa:

PANDOLFO.—¡Salve, ministros ungidos del Cielo! A ti, rey Juan, concierne mi santo homenaje. Yo, Pandolfo, cardenal del hermoso Milán y embajador del Papa Inocencio en estos lugares, vengo a preguntarte religiosamente, en su nombre, por qué te revuelves con tal obstinación contra la Iglesia, nuestra santa madre, y por qué expulsaste de su fuero sagrado a Esteban Langton, arzobispo electo de Canterbury. Esto es lo que te pregunto en nombre de nuestro sobredicho santo padre el Papa Inocencio.

REY JUAN.—¿Qué poder terrestre puede someter a un interrogatorio la libre palabra de un rey sagrado? Cardenal, para obligarme a una respuesta no has podido invocar un nombre tan pueril, tan indigno y tan ridículo como el del Papa. Transmite esta contestación, y

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

añade todavía lo que sale de la boca de Inglaterra: que ningún sacerdote italiano percibirá diezmo o tributo en nuestros dominios, sino que siendo, cerca de Dios, su jefe supremo, nosotros sólo pretendemos ejercer bajo su autoridad esa grande supremacía allí donde reinamos, sin asistencia de ninguna mano mortal. Díselo así al Papa, poniendo a un lado toda reverencia a su persona y a su autoridad usurpada.

REY FELIPE. — Hermano de Inglaterra, estáis blasfemando.

REY JUAN. — Aunque vos y todos los reyes de la Cristiandad os dejéis conducir groseramente por ese sacerdote intrigante, por terror del anatema, que el dinero puede rescatar, y a costa de un oro vil, cieno, polvo, adquiráis el perdón corrompido de un hombre que en ese mercado vende su propio perdón; aunque vos y todos los demás, tan groseramente engañados, os dejéis embaucar por ese hechicero escamoteador de vuestras rentas, yo solo, sin embargo, yo solo me opondré al Papa y consideraré a sus amigos mis enemigos.

PANDOLFO. — Entonces, en virtud del poder legítimo que poseo, maldito y excomulgado seas; y bendito el que retire su obediencia a un hereje; y emérita, canonizada y dignificada como la de un santo la mano del que por cualquier medio secreto arranque tu odiosa vida.

CONSTANZA. — ¡Oh! Sea válido que tenga permiso por un momento para maldecir con Roma. Buen padre cardenal, responde «Amén» a mis agudas maldiciones; pues sin mis pesares no hay lengua que tenga poder para maldecirle como merece.

PANDOLFO.—Señora, hay ley y derecho para mi maldición.

CONSTANZA.—Y para la mía también; cuando la ley no puede proteger el derecho, es justo que no impida ninguna injusticia. La ley no puede dar a mi hijo su reino porque el que detenta su reino detenta la ley. Luego si la ley misma es la *más* perfecta injusticia, ¿cómo va a impedir la ley que maldiga mi lengua?

PANDOLFO. — Felipe de Francia, bajo pena de maldición, abandona la mano de este archihereje y haz caer sobre su cabeza el poder de Francia, a menos que él mismo se someta a Roma.

LEONOR.—¿Palideces, Francia? No retires tu mano.

CONSTANZA.—Ten cuidado, demonio. No dejes a Francia arrepentirse, y por la desunión de esas manos se pierda un alma el infierno.

AUSTRIA.—Rey Felipe, escuchad al cardenal.

BASTARDO.—Y cuelga de tus hombros cobardes una piel de carnero.

AUSTRIA. — ¡Bien, rufián! Tengo que guardarme tus ultrajes, porque...

BASTARDO. — Los pueden llevar mejor vuestras calzas.

REY JUAN. — Felipe, ¿qué dices tú al cardenal?

CONSTANZA.—¿Qué diría sino lo que el cardenal?

LUIS.—Reflexionad, padre; vuestra elección radica entre estas dos alternativas: o la abrumadora maldición de Roma, o la pérdida ligera de la amistad de Inglaterra. Escoged la menos peligrosa.

BLANCA.—Esa es la maldición de Roma.

CONSTANZA. — ¡Oh Luis, ten firmeza! Te está tentando el diablo en figura de una recién casada que va a desnudarse.

BLANCA.—Ladi Constanza no habla de buena fe, sino bajo las necesidades de su situación.

CONSTANZA.—¡Oh! Si reconoces las necesidades de mi situación, que no tienen otro principio de existencia sino la muerte de la buena fe, debes reconocer también que estas necesidades implican necesariamente esta consecuencia: que la buena fe reviviría con la muerte de esas necesidades. ¡Oh! Pisotea entonces mis necesidades, y la buena fe renace-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

rá; prolonga mis necesidades, y la buena fe caerá por tierra.

REY JUAN.—El rey está emocionado y no responde.

CONSTANZA.— ¡Oh! ¡Aléjate de él y da una buena contestación!

AUSTRIA.—Hacedlo, rey Felipe; no permanezcáis más tiempo colgado de la duda.

BASTARDO. — No colguéis más que la piel de carnero, timidísimo alcaraván.

REY FELIPE.—Estoy perplejo, y no sé qué decir.

PANDOLFO.—¿Qué puedes decir que no te exponga a mayor perplejidad aún, si eres excomulgado y maldito?

REY FELIPE. — Buen reverendo padre, poneos en mi caso y decidme cómo os conduciríais. Recientemente se han unido esta mano real y la mía, y la conjunción de nuestros corazones íntimos las ha enlazado, asociado y encadenado una a la otra con toda la fuerza religiosa de los sagrados votos. El último aliento de aire emitido por el acento de nuestras palabras ha sido de buena fe solemnemente jurada, de paz, de amistad y de leal afección entre nuestros reinos y *nuestras reales personas*; y antes de esta tregua, reciente todavía, apenas si para concluir esta pacífica alianza habíamos tenido tiempo sino el necesario para lavarnos las manos francamente manchadas, sellando este real tratado de paz. Dios sabe hasta qué punto estaban sucias y mancilladas por el pincel de la matanza, donde la venganza había pintado la terrible discusión de dos reyes irritados. Y estas manos, tan recientemente purificadas de la sangre, hace un momento unidas por el amor, tan potentes para ambos, ¿será preciso que desaten su lazo y renuncien a su tierno compromiso? ¿Juzgar sobre la palabra de buena fe y darle un mentís tan rápido? ¿Burlarme así del Cielo y conducirme como niños inconstantes, retirando caprichosamente nuestras manos una de la otra? ¿Renegar la fe jurada y hacer marchar un huésped sanguinario en el lecho nupcial de la paz sonriente, y ensombrecer de discordias la amable frente de la leal sinceridad? ¡Oh santo varón, reverendo padre mío, no permitáis que esto ocurra! ¡Que vuestra gracia imagine, mande, imponga alguna orden menos severa, y entonces nos sentiremos dichosos de hacer vuestra voluntad y continuar siendo amigos.

PANDOLFO. — Toda transigencia es intransigencia; todo orden, desorden, salvo que sean hostiles a la amistad de Inglaterra. Por consiguiente, ¡a las armas! Sé el campeón de nuestra Iglesia; o que la Iglesia, nuestra madre, te lance su maldición, la maldición de una madre contra su hijo rebelde. Francia, con mayor seguridad podrías coger una serpiente por la lengua, un león irritado por su garra mortífera o un tigre en ayunas por los dientes, que estrechar en paz la mano que conservas.

REY FELIPE.—Puedo desunir mi mano, pero no mi fe.

PANDOLFO.—Así haces de tu fe un adversario de la fe, y, como en guerra civil contigo mismo, provocas un juramento contra un juramento y tu lengua contra tu lengua. ¡Oh! Que el primer juramento dirigido al Cielo sea el primero que el Cielo ejecute; esto es, el juramento de ser el campeón de nuestra Iglsia; lo que después has jurado, lo has jurado contra ti mismo, y no puede ser cumplido por ti mismo, pues es una sinrazón cumplirlo lealmente, y es obrar con la más perfecta rectitud no obrar cuando el acto por cumplir tiende a un fin malo. Lo que hay de mejor por hacer en los proyectos en que se es engañado es engañarlos no ejecutándolos; aunque la devoción sea un camino indirecto, se convierte de esta manera en una línea recta, y la falsedad cura la falsedad como el fuego refresca el fuego en las venas ardientes de aquel a quien se cauteriza. La religión es la que obliga a guardar los juramentos; pero tú has jurado contra la religión jurando lo que has jurado contra la cosa que

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

habías jurado precedentemente; y tú haces un juramento para servir de garantía a tu lealtad contra un juramento que habías hecho ya. La verdad de que no te hallas seguro te obliga únicamente a jurar que no serás perjuro. De este modo, ¡qué mofa sería jurar! Pero jurando como tú lo has hecho, juras simplemente a fin de ser perjuro, y serás, por tanto, más perjuro cuanto más mantengas lo que has jurado. Luego tus últimos juramentos, opuestos a los primeros, constituyen una rebelión de ti mismo contra ti mismo, y no puedes hacer más bella conquista que armando las partes más constantes y más nobles de ti mismo contra esas sugestiones, versátiles y complacientes. Nuestras plegarias, si las deseas, te ayudarán a cumplir esta mejor resolución; mas si las rehusas, el peligro de nuestras maldiciones se abatirá sobre ti tan pesadamente, que no podrás sacudirte de ellas, sino que morirás en desesperación bajo su misma carga.

AUSTRIA. — ¡Rebelión, absoluta rebelión!

BASTARDO.—¿No habrá modo? ¿No te cerraría la boca una piel de carnero?

LUIS.—¡Padre, a las armas!

BLANCA.—¿El día de tus bodas? ¿Contra la sangre de la que acabas de desposar? ¡Cómo! ¿Nuestro festín va a celebrarse con un degüello de hombres? Las desentonadas trompetas y el ronco redoblar de los tambores, clamores del infierno, ¿serán las danzas de nuestras solemnidades? ¡Oh esposo mío, escúchame! ¡Si! ¡Ay, qué nuevo es en mi boca el nombre de esposo! ¡Sólo por ese nombre, que hasta este instante jamás pronunció mi lengua, te suplico de rodillas que no te alces en armas contra mi tío!

CONSTANZA.—¡Oh! Por mis rodillas endurecidas a fuerza de suplicar, te ruego, virtuoso delfín, no te rebeles contra los mandatos del Cielo.

BLANCA.—Ahora podré juzgar tu amor. ¿Qué móvil sería más potente para ti que el nombre de esposa?

CONSTANZA.—Lo que magnifica al que te magnifica. ¡Oh! ¡Tu honor, Luis, tu honor!

LUIS.—Me asombra que vuestra majestad se muestre tan insensible cuando la apremian tantos intereses respetables.

PANDOLFO.—¡Dejaré caer mi maldición sobre tu cabeza!

REY FELIPE.—No lo necesitas. Inglaterra, me separo de ti.

CONSTANZA.—¡Oh noble retorno de una majestad desterrada!

LEONOR.—¡Oh innoble traición de la inconstancia francesa!

REY JUAN.—Te arrepentirás, Francia, de esta hora dentro de una hora.

BASTARDO.—El viejo Tiempo, ese regulador de los relojes; el Tiempo, ese sepulturero calvo de las horas, ¿lo hará como quiere? En ese caso, Francia se arrepentirá.

BLANCA.—¡El sol se cubre de sangre! ¡Adiós, bello día! ¿Cuál es el lado a que debo inclinarme? Estoy con ambos partidos. Cada ejército tiene una de mis manos, y en su furia, yo, que estoy enlazada a los dos, cuando se separen me desmembrarán. Esposo, no puedo rogar porque ganes; tío, es necesario que ruegue porque pierdas; padre, no puedo desear que la Fortuna te favorezca; abuela, no puedo desear que tus deseos se cumplan. Cualquiera que sea el vencedor, perderé con su victoria; para mí es segura la pérdida antes de dar principio el fuego.

LUIS.—Señora, conmigo, conmigo está tu fortuna.

BLANCA.—Allí donde vive mi fortuna, allí muere mi vida.

REY JUAN. — Primo, ve a reconcentrar nuestras tropas. *(Sale el* BASTARDO.) ¡Francia, ardo en cólera inflamada; en una rabia cuyo ardor tiene esta particularidad: que nada puede aplacarlo, a no ser únicamente la sangre, la sangre, esa sangre francesa, tenida por la más preciosa!

REY FELIPE.—Tu rabia te consumirá, y

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

serás reducido a cenizas antes que nuestra sangre extinga ese fuego. ¡Mira por tu persona, que estás en peligro!

REY JUAN.—¡No más que el que amenaza! ¡A las armas! ¡Adelante! *(Salen.)*

ESCENA II

Francia.—Llanura cerca de Angers

Fragores, incursiones. Entra el BASTARDO *con la cabeza del* ARCHIDUQUE DE AUSTRIA

BASTARDO.— ¡Pues, vida mía, que la jornada se está poniendo asombrosamente cálida! Algún demonio aéreo revolotea en las alturas y vierte abajo la destrucción. Reposa aquí, cabeza de Austria, mientras respira Felipe.

Entran el REY JUAN, ARTURO *y* HUBERTO

REY JUAN.—Guarda este mozo, Huberto. Felipe, acabemos: temo que mi madre haya sido asaltada y apresada en nuestra tienda.

BASTARDO.—Señor, yo la he librado. Su alteza está en seguridad, no temáis. Pero, adelante, soberano mío, pues no es necesario sino un pequeño esfuerzo para llevar esta lucha a su venturoso fin. *(Salen.)*

ESCENA III

El mismo lugar

Fragores, incursiones, retreta. Entran el REY JUAN, LEONOR, ARTURO, *el* BASTARDO, HUBERTO *y Lores*

REY JUAN.—*(A* LEONOR.*)* Será así. Vuestra Gracia permanecerá detrás, bajo esta fuerte guardia. *(A* ARTURO.*)* Sobrino, no te pongas triste; tu abuela te quiere, y tu tío tendrá para ti la ternura de un padre.

ARTURO.— ¡Oh! Esto hará morir de pena a mi madre.

REY JUAN.—*(Al* BASTARDO.*)* Primo, sal para Inglaterra. Precedednos a toda prisa; y antes de nuestra llegada cuida de vaciar los sacos de esos abades atesorados; pon en libertad a los encarcelados ángeles. Preciso es que la rolliza carne de la paz alimente ahora a los hambrientos. Ejecutad nuestras órdenes con el mayor rigor.

BASTARDO.—Ni campana, breviario ni cirio me harán retroceder cuando el oro y la plata me den la *señal de avance*. Dejo a vuestra alteza. Abuela, si alguna vez me acuerdo de ser santo, rogaré por vuestra salvación. Os beso, pues, las manos.

LEONOR.—Adiós, simpático nieto.

REY JUAN.—Primo, adiós. *(Sale el* BASTARDO.*)*

LEONOR.—Ven acá, mi pequeño pariente. *(Se lleva aparte a* ARTURO.*)*

REY JUAN.—Acércate, Huberto. ¡Oh mi amable Huberto! Te debemos mucho; dentro de estas murallas de carne hay un alma que te considera como su acreedor y que aspira a pagar tu cariño con usura. Porque, excelente amigo, tu espontáneo juramento vive en este corazón tiernamente acariciado. Dame tu mano. Tenía que decirte una cosa; pero mejor será que te la diga en momento más oportuno. Por el Cielo, Huberto, casi me da vergüenza significarte qué buen concepto tengo de ti.

HUBERTO.—Estoy muy obligado a vuestra majestad.

REY JUAN.—Buen amigo, todavía no tienes razón alguna para hablar así; pero la tendrás, por muy lentamente que corra el tiempo; día llegará en que pueda hacerte bien. Tenía que decirte una cosa, pero dejémosla. El sol brilla en los cielos, y el día, orgulloso, escoltado por todos los placeres del mundo, es demasiado juguetón y harto lleno de frivolidades para concederme audiencia. Si la campana de la medianoche, con su lengua de hierro y su boca de bronce, sonara una hora en el curso adormecido de la noche; si este mismo lugar en que estamos fuera un cementerio y tú estu-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

vieras poseído de un millar de agravios; o si este humor taciturno, la melancolía, cociera tu sangre y la hiciera pesada, espesa, esa sangre que corre cosquilleando arriba y abajo de las venas, permitiendo a este idiota, la risa, pestañear los ojos de las gentes y plegar sus mejillas en una alegría imbécil, manifestación odiosa de mis propósitos; o si pudieras verme sin ojos, oírme sin oídos y responderme sin lengua, sirviéndote sólo del pensamiento, sin ayuda de la vista, de los oídos y del son peligroso de las palabras, entonces, a despecho de la vigilancia del día que nos espía con su resplandor, vertiera mis pensamientos en tu seno. Pero, ¡ah!, no lo haré. Sin embargo, te quiero bien, y creo, por mi alma, que tú me estimas igualmente.

HUBERTO.—Tanto, que cualquier cosa que me ordenéis emprender, aunque mi muerte fuera unida a la acción, por los cielos que la haría.

REY JUAN.—¿Lo ignoro acaso? ¡Buen Huberto! ¡Huberto! ¡Huberto! Vuelve tus ojos a esa joven. He de decirte, amigo mío, que es una verdadera serpiente en mi camino, y dondequiera que se posan mis pies, allí lo encuentro delante. ¿Me comprendes? Tú eres su guardián.

HUBERTO.—Y lo guardaré de modo que no ofenderá a vuestra majestad.

REY JUAN.—¡La muerte!

HUBERTO.—¿Señor?

REY JUAN.—¡Una tumba!

HUBERTO.—No vivirá.

REY JUAN.—¡Basta! Ahora puedo estar alegre. Huberto, te aprecio. Bueno; no quiero decirte lo que reservo para ti. ¡Acuérdate! Señora, que os vaya bien. Voy a enviar esas fuerzas a vuestra majestad.

LEONOR.—Mi bendición sea contigo.

REY JUAN.—¡A Inglaterra, sobrino! ¡Vamos! Huberto será vuestro servidor, que os atenderá en todo con verdadera fidelidad. ¡Hacia Calais! ¡Hola! *(Sale.)*

ESCENA IV

El mismo lugar.—La tienda del rey de Francia

Entran el REY FELIPE, LUIS, PANDOLFO *y acompañamiento*

REY FELIPE.—Así, a consecuencia de una furiosa tempestad en el mar, se ha dispersado y desunido, sin posible socorro, toda una flota de barcos condenados a la destrucción.

PANDOLFO.—Valor y ánimo alegre. Todo saldrá bien todavía.

REY FELIPE.—¿Qué ha de salir bien, cuando nos hemos portado tan mal? ¿No se nos ha batido? ¿No está perdida Angers? Arturo, ¿no ha sido hecho prisionero? Varios caros amigos, ¿no han entregado su vida? Y el sanguinario inglés, ¿no ha vuelto a Inglaterra, salvando todo obstáculo, a despecho de Francia?

LUIS.—Como que ha fortificado lo que ha adquirido; tan ardiente prontitud servida con tal prudencia, un orden tan regular en negocio tan precipitado no tienen ejemplo. ¿Quién ha leído u oído el relato de una acción semejante?

REY FELIPE.—Soportaría bien esos elogios a Inglaterra si pudiéramos hallar algún reproche para nuestra humillación.

Entra CONSTANZA

¡Mirad quién viene! Un sepulcro dentro de un alma, que, contra su voluntad, retiene al espíritu eterno en la vil prisión de un pecho desolado. Por favor, señora, venid conmigo.

CONSTANZA.—¡Ved ahora! ¡Mirad ahora el resultado de vuestra paz!

REY FELIPE.—¡Paciencia, buena señora! ¡Consolaos, noble Constanza!

CONSTANZA.—¡No; rehuso todo consejo, todo alivio, menos el que pone fin a todo consejo, el verdadero alivio: la muerte, la muerte! ¡Oh amable, adorada muerte! ¡Tú, perfumada hediondez, sana podredumbre! ¡Levántate del le-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

cho de la noche perdurable, tú, odio y terror de la prosperidad, y besaré tus detestables huesos! ¡Y colocaré mis pupilas en tus órbitas huecas! ¡Y ensortijaré estos dedos con tus gusanos familiares! ¡Y cerraré esta aventura del aliento con tu polvo nauseabundo! ¡Y seré una monstruosa carroña como tú misma! ¡Ven, hazme una mueca, y pensaré que sonríes, y te abrazaré como si fuera tu esposa! ¡Amada de la miseria, oh, ven a mí!

REY FELIPE.—¡Oh noble aflicción, silencio!

CONSTANZA.—No, no; nada de silencio, teniendo alientos para gritar. ¡Oh! ¡Si estuviera mi lengua en la boca del trueno! Entonces estremecería al mundo con una explosión de mis dolores y despertaría de su sueño a esta cruel anatomía que permanece sorda a la voz de una débil mujer y se burla de una invocación vulgar.

PANDOLFO. — Señora, habláis por boca de la locura y no del dolor.

CONSTANZA.—No eres santo al calumniarme así. Yo no estoy loca: estos cabellos que arranco son míos; mi nombre es Constanza; fuí la esposa de Godofredo. ¡El joven Arturo es mi hijo, y lo he perdido! No estoy loca. ¡Pluguiera al Cielo que lo estuviere! ¡Porque entonces es probable que me olvidara de mí misma! ¡Oh, si pudiera! ¡Qué pena olvidaría al mismo tiempo! ¡Predícame alguna filosofía que pueda volverme loca, y serás canonizado, cardenal! Pues no estando loca, sino siendo sensible al dolor, la parte razonable de mí misma me hace ver los medios que podrían librarme de estas desgracias y me enseña a matarme o ahorcarme. Si estuviera loca, olvidaría a mi hijo o pensaría locamente que es un niño de aldeanos. No estoy loca; demasiado bien, demasiado bien siento la plaga distinta de cada una de mis calamidades.

REY FELIPE. — Arreglaos esas trenzas. ¡Oh, qué amor advierto en el hermoso espesor de sus cabellos! Donde sólo por azar ha caído sobre ellos una lágrima de plata, diez mil amigos tenues como la seda se adhieren juntos en medio de esa gota en asociable dolor cual verdaderos, fieles, inseparables amantes, que se enlazan unos contra otros en la desdicha.

CONSTANZA.—¡A Inglaterra, si queréis!

REY FELIPE. — Arreglaos vuestros cabellos.

CONSTANZA. — Si, lo haré. Y ¿por qué he de hacerlo? Los solté de sus lazos gritando en alta voz: «¡Oh, si estas manos pudieran redimir a mi hijo como han dado a estos cabellos su libertad!» Pero ahora envidio su libertad y quiero colocarlos en sus lazos, ya que mi pobre hijo es un prisionero. Os he oído decir, padre cardenal, que nos veremos y reconoceremos en el Cielo a nuestros amigos. Si es verdad eso, yo veré a mi hijo, pues desde el nacimiento de Caín, el primer niño varón, hasta el que ayer comenzó solamente a respirar, no ha nacido tan encantadora criatura. Pero ahora el gusano de la pena va a roer mi capullo y a destruir la belleza nativa de sus mejillas, y quedará a todas las miradas tan exangüe como un espectro tan lívido y flaco como un acceso de fiebre, y así morirá; y resucitando con esta fisonomía, cuando lo encuentre en la corte del Cielo no lo conoceré. ¡Por tanto, nunca, nunca más volveré a ver a mi lindo Arturo!

PANDOLFO. — Dais al dolor una importancia demasiado excesiva.

CONSTANZA.—¡El que me habla nunca ha tenido un hijo!

REY FELIPE.—Amáis con tanta pasión al dolor como a vuestro hijo.

CONSTANZA. — El dolor llena el aposento de mi hijo ausente, duerme en su lecho, se levanta y se acuesta conmigo, cobra sus lindas miradas, repite sus vocablos, me recuerda todas sus graciosas cualidades, cubre con sus formas sus vacías vestiduras; luego tengo motivo para amar mi dolor. Que os vaya bien; si hubierais sufrido una pérdida como la

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

mía, os podría dar mejores consuelos de los que me dais. *(Se arranca el tocado.)* No quiero conservar este molde en mi cabeza, cuando hay tal desorden en mi espíritu. ¡Oh señor! ¡Doncel mío! ¡Arturo mío! ¡Hijo mío hermoso! ¡Mi vida, mi alegría, mi sustento, mi mundo entero! ¡Consuelo de mi viudez y remedio de mi dolor! *(Sale.)*

REY FELIPE.—Temo una desgracia, y voy a seguirla. *(Sale.)*

LUIS.—Nada hay en este mundo que pueda alegrarme: la vida es tan enojosa como un cuento dos veces narrado que atormenta los torpes oídos de un hombre que se está durmiendo; y la amarga vergüenza ha alterado de tal modo el sabor de las dulzuras del mundo, que éste no me ofrece ya sino vergüenza y amargura.

PANDOLFO. — Antes de la curación de una enfermedad grave, la crisis es más fuerte casi que en el instante de la convalecencia y reposición; los males que se despiden muestran su mayor perversidad en el momento de partir. ¿Qué habéis perdido con la pérdida de este día?

LUIS.—Todos mis días de gloria, de alegría y de felicidad.

PANDOLFO. — Seguramente los habríais perdido, de haberlos ganado. No, no; cuando la Fortuna decide hacer más bien a los hombres es cuando los mira con ojos preñados de amenazas. Es asombroso pensar lo mucho que el rey Juan ha perdido en esta que él considera su victoria tan clara. ¿No os aflige que sea Arturo su prisionero?

LUIS.—Tan profundamente como él se alegra de tenerlo.

PANDOLFO.—Vuestra inteligencia es tan joven como vuestra sangre. Oyeme hablar ahora con espíritu profético, pues el solo hálito de las palabras que voy a decirte barrerá todo grano de polvo, toda arista de paja, el más menudo obstáculo del sendero que ha de conducir directamente tus pies al tronco de Inglaterra, y escucha, por tanto. Juan se ha apoderado de Arturo; y no es posible, mientras la cálida vida corra por las venas de ese infante, que Juan, el usurpador, tenga una hora, un minuto de reposo; menos todavía: un simple instante de tranquilidad. Un cetro arrebatado por una mano que no conoce ley ha de mantenerse tan violentamente como se ha conseguido; y el que se coloca en terreno resbaladizo no hará el delicado con los sostenes que pueden impedirle caer. Para que Juan se sostenga es necesario que Arturo caiga; así será, porque no puede ser sino así.

LUIS.—Pero ¿qué voy ganando yo por la caída del joven Arturo?

PANDOLFO.—Vos, en nombre de los derechos de vuestra esposa doña Blanca, podréis reclamar entonces todo lo que reclamaba Arturo.

LUIS. — Y perderlo, con vida y todo, como Arturo.

PANDOLFO.—¡Qué mozo tierno sois en este viejo mundo! Juan os prepara el terreno; el tiempo conspira con vos, pues el que empapa su seguridad en sangre leal, sólo hallará una seguridad sangrienta y desleal. Esa acción, tan perversamente concebida, enfriará los corazones de todos sus vasallos y helará su adhesión de tal modo, que aprovecharán la menor oportunidad para poner obstáculos a su reino. No habrá en el firmamento exhalación natural, ni fenómeno de la Naturaleza, ni día destemplado, ni viento de especie ordinaria, ni acontecimiento habitual; sino que ellos rechazarán la explicación racional y los llamarán meteoros, prodigios y señales, abortos, presagios y advertencias del Cielo, denunciando claramente la venganza divina sobre Juan.

LUIS. — Quizá no toque a la vida del joven Arturo, sino que lo tenga como garantía en su prisión.

PANDOLFO. — ¡Oh señor! Cuando note vuestro acercamiento, si el joven Arturo no ha sucumbido ya, morirá en el instante mismo en que sepa esta noticia; y entonces los corazones de todos sus vasallos se rebelarán contra él y

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

besarán los labios de un cambio imprevisto, y hallarán amplio motivo de revolución y de cólera en los dedos ensangrentados de Juan. Se me figura ver ya esta asonada en pie. Y ¡oh, cómo se preparan para vos las cosas mejor de lo que he dicho! El bastardo Faulconbridge está ahora en Inglaterra saqueando la Iglesia, ofendiendo la caridad. Si tuviéramos allí no más que una docena de franceses en armas, sería como un cebo para poner a diez mil ingleses detrás, a su lado, o como un copo de nieve que, rodando, acaba por formar en seguida una montaña. ¡Oh noble delfín! Venid conmigo ante el rey. Es extraordinario lo que puede extraerse de su descontento, ahora que sus almas se hallan ahitas de agravios. Partid para Inglaterra. Voy a estimular al rey.

LUIS.—Los motivos poderosos engendran las acciones extraordinarias. ¡Partamos! Si vos decís sí, el rey no dirá no. *(Sale.)*

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Northampon.—Salón en el castillo

Entran HUBERTO *y dos Servidores*

HUBERTO.—Calentadme esos hierros al rojo, y cuida tú de esconderte detrás de la tapicería; cuando yo hiera con el pie el seno de la tierra, acudir pronto y atad fuertemente a la silla al mancebo que halléis conmigo. Estad vigilantes. Partid y atención.

SERVIDOR 1.º—Supongo que vuestra garantía nos pondrá a cubierto del acto.

HUBERTO.—¡Escrúpulos necios! No temáis nada. Haced lo que os digo. *(Salen los Servidores.)* Avanzad, joven. Tengo que hablaros.

Entra ARTURO

ARTURO.—Buenos días, Huberto.

HUBERTO.—Buenos días, principito.

ARTURO.—Y tan principito como soy, teniendo tan grandes títulos para ser mayor príncipe. Estáis triste.

HUBERTO.—En efecto, suelo estar más alegre.

ARTURO.—¡Ay de mí! Me parece que nadie debiera estar triste sino yo. Sin embargo, recuerdo que, cuando me hallaba en Francia, los caballeros jóvenes ponianse tristes como la noche sólo por seguir la moda. Por mi fe de bautismo, que si me encontrara fuera de prisión y guardase corderos, estaría tan alegre cuando es largo el día, y hasta aquí lo estuviera, a no sospechar que mi tío medita causarme más daño aún. Me teme y le temo. ¿Es culpa mía ser hijo de Godofredo? No, en verdad, no lo es, y pluguiera al Cielo que fuera vuestro hijo, pues entonces me amaríais, Huberto.

HUBERTO.—*(Aparte.)* Si le hablo, con su charla inocente despertará mi piedad, que yace muerta. Así, seamos expeditivos y acabemos.

ARTURO.—¿Estáis enfermo, Huberto? Os encuentro hoy muy pálido. En verdad, quisiera que estuvieseis un poco enfermo, a fin de que pudiera pasar toda la noche cerca de vos y os velara. Os aseguro que os amo más que vos a mí.

HUBERTO.—*(Aparte.)* ¡Sus palabras se adueñan de mi corazón! *(Mostrándole un papel.)* Leed esto, joven Arturo. *(Aparte.)* ¡Cómo! ¡Estúpido llanto, que cierra las puertas a la inflexible tortura! Debo ser breve, no sea que la resolución se trasforme, gota a gota, fue-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ra de mis ojos, en tiernas lágrimas femeninas. ¿No podéis leerlo? ¿Es que no está bien escrito?

ARTURO. — Demasiado bien, Huberto, para acción de tanto mal. ¿Tenéis que quemarme los ojos con hierros candentes?

HUBERTO. — Tengo que hacerlo, joven niño.

ARTURO.—¿Y lo haréis?

HUBERTO.—Y lo haré.

ARTURO.—¿Tendréis corazón? Cuando teníais tan sólo dolor de cabeza, os até a la frente mi pañuelo (el más bonito que tenía, bordado para mí por una princesa), y nunca os lo he pedido. A medianoche os sustuve la cabeza con mi mano, y, velando en torno vuestro como velan los minutos a las horas, a cada instante os aligeraba el peso del tiempo, preguntándoos: «¿Qué necesitáis?»; o bien: «¿Dónde os duele?»; o: «¿Qué buen servicio puedo prestaros?» Más de un hijo de gente humilde habría dormido tranquilo y no os hubiera dirigido una palabra afectuosa; pero vos teníais un príncipe por enfermero. No podéis creer que mi cariño era fingido y llamarlo astucia; creedlo, si os place. Si el Cielo quiere permitir que me hagáis mal, hacédmelo, pues. ¿Queréis arrancarme los ojos, estos ojos que nunca os han mirado ni nunca os mirarán con ceño?

HUBERTO.—He jurado hacerlo, y debo abrasarlos con hierros enrojecidos.

ARTURO.—¡Ah! ¡Nadie sino en esta Edad de Hierro lo llevaría a cabo! El hierro mismo, aun calentado al rojo, al acercarse a mis ojos bebería mis lágrimas y extinguiría su ardiente indignación hasta en la sustancia de mi inocencia. ¡Qué digo! Después de esto, se consumiría en orín, sólo por haber contenido el fuego destinado a quemarme los ojos. ¿Sois más duro e inflexible que el hierro forjado? Si un ángel hubiera venido a mí diciéndome que Huberto me arrancaría los ojos, no le habría creído; ninguna lengua sino la de Huberto me hubiese podido convencer.

HUBERTO.—*(Dando en el suelo con el pie.)* ¡Vamos!

Vuelven a entrar los Servidores con cuerdas, hierros, etc.

Haced como os he ordenado.

ARTURO.—¡Oh, salvadme, Huberto, salvadme! ¡Mis ojos saltan de sus órbitas sólo con las miradas feroces de esos hombres sanguinarios!

HUBERTO.—Dadme el hierro, os digo, y atadle aquí.

ARTURO.—¡Ay! ¿Qué necesidad tenéis de ser tan perverso y malvado? No resistiré; permaneceré inmóvil como la piedra. ¡En nombre del Cielo, Huberto, no permitáis que me aten! ¡Oídme, Huberto! Despedid a esos hombres y quedaré tan manso como un cordero. No me moveré, no retrocederé, no diré una palabra, ni miraré al hierro encolerizado. Echad tan sólo a esos hombres y os perdonaré, sea cual fuere el tormento que me impongáis.

HUBERTO. — Idos, quedaos ahí dentro. Dejadme solo con él.

SERVIDOR 1.º—Me alegro infinito de no haber tenido parte en semejante acción. *(Salen los Servidores.)*

ARTURO.—¡Ay! He aquí, por mis reprimendas, que he ahuyentado a mi amigo. Su mirada es severa, pero bueno su corazón; llamadle, para que su compasión engendre la vuestra.

HUBERTO.—Vamos, niño, preparaos.

ARTURO.—¿No hay remedio?

HUBERTO.—Ninguno, sino perder vuestros ojos.

ARTURO. — ¡Oh Cielo! ¡Que no haya en los vuestros tan siquiera una mota, un átomo, un grano de polvo, un mosquito, un cabello suelto, una incomodidad cualquiera en este precioso sentido! Entonces, al sentir el sufrimiento que allí producen las más pequeñas cosas, vuestro infame proyecto os parecería necesariamente horrible.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

HUBERTO.—¿Esa es la promesa que me habéis hecho? Vamos, callad la lengua.

ARTURO.—Huberto, el empleo de un haz de lenguas no sería bastante para lamentar la pérdida de un par de ojos. No me digáis que refrene la lengua. Huberto, no me lo digáis, o cortadme la lengua, si queréis, Huberto, y pueda conservar mis ojos. ¡Oh, preservad mis ojos, aunque no me sirvan sino para miraros siempre! ¡Mirad! ¡Por mi fe! ¡El instrumento está frío y no podrá abrasarme!

HUBERTO.—Puedo calentarlo, niño.

ARTURO.—No, en realidad de verdad. ¡El fuego ha muerto de pena al ver que lo empleaban en tan indignos extremos, él, que fué creado para el bienestar! Observad antes vos propio. No hay malicia alguna en ese carbón encendido; el soplo del Cielo ha apagado su llama y esparce sobre la superficie las cenizas del arrepentimiento.

HUBERTO.—Pero con mi soplo puedo avivarla, niño.

ARTURO.—Si lo hacéis, no servirá sino para enrojecer y animarse de vergüenza ante vuestra acción, Huberto; no; quizá os lanzara alguna chispa a los ojos. y a la manera del perro que es compelido a luchar, mordiese al amo que lo excita al ataque. Todas las cosas que empleéis para hacerme daño se negarán a serviros. ¡Sólo a vos falta esa piedad que se extiende hasta el fuego y hierros crueles, cosas conocidas por los despiadados oficios en que se las emplea!

HUBERTO.—¡Bien! ¡Ve para vivir! No tocaré a tus ojos por todos los tesoros que posee tu tío. Empero, había jurado y tenía el propósito, niño, de saltártelos con este mismo hierro que ves.

ARTURO.—¡Oh! Ahora veo en vos la imagen de Huberto. Durante todo este tiempo estabais disfrazado.

HUBERTO.—¡Silencio! Ni una palabra más. Adiós. Vuestro tío no debe saber sino que estáis muerto. Voy a cargar a estos perros espías con falsos informes; y, precioso niño, duerme tranquilo y confiado, que Huberto no quiere ofenderte por todas las riquezas del mundo.

ARTURO.—¡Oh cielos! ¡Gracias, Huberto!

HUBERTO.—¡Silencio! Ni una palabra. Venid recatadamente conmigo. Me expongo a un peligro por salvarte. *(Salen.)*

ESCENA II

Northampton.—Salón del trono en Palacio

Entran el REY JUAN, *coronado;* PEMBROKE, SALISBURY *y otros Lores. El* REY *se sienta en su trono*

REY JUAN.—Henos aquí por segunda vez de nuevo en el trono, por segunda vez de nuevo coronado y objeto de miradas simpáticas, a lo que creo.

PEMBROKE.—Esa «segunda vez de nuevo» sólo era por el placer de vuestra majestad, siendo verdaderamente superflua. Habíais sido ya coronado, y vuestra realeza nunca os había sido arrebatada; la rebelión no había empañado la fidelidad de vuestros súbditos, y el reino no había sido turbado por la espera de un cambio largo tiempo apetecido o de un estado mejor.

SALISBURY.—Por consiguiente, posesionarse de una doble pompa, adornar un título ya suntuoso, dorar el oro refinado, pintar el lirio, extender un perfume a la violeta, refrescar el hielo o añadir un color más al arco iris, o tratar de alumbrar con la luz de una antorcha el hermoso semblante de los cielos, es caer en un exceso costoso y ridículo.

PEMBROKE.—Prescindiendo del real placer que ello os ha causado, esta acción sería como un cuento repetido que en un segundo relato acaba por ser enojoso, por sernos recitado fuera de propósito.

SALISBURY.—En esto se ha alterado profundamente la fisonomía de nuestras antiguas costumbres, conocidas de todos, y como un viento inseguro hace

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

cambiar la dirección de un navío, se ha hecho errar aquí y allá el curso de los pensamientos, se ha sorprendido y alarmado la gente, se ha indispuesto a la opinión y se ha hecho sospechosa la verdad al cubrirla con un ultraje de moda tan nueva.

PEMBROKE.—Cuando los obreros cobran emulación por hacer una cosa demasiado bien, su ambición ensombrece su habilidad, y frecuentemente, queriendo evitar una falta, se transforma en más grave por disculparla; igual que los remiendos colocados sobre un roto pequeño hacen más mal efecto queriendo ocultarlo que no haría ese roto antes de ser así remendado.

SALISBURY. — Por esta causa, antes de vuestra coronación os habíamos dado nuestro consejo; pero no ha sido del gusto de vuestra alteza reparar en ello; y nosotros estaremos satisfechos, pues nuestras voluntades deben, en todo y en parte, detenerse ante las de vuestra alteza.

REY JUAN.—Os he dado algunas razones de esta doble coronación, y creo que son poderosas; os confiaré otras más poderosas, mucho más poderosas, cuando mis temores sean menos grandes. Entre tanto, contentaos con señalarme los abusos que quisierais ver reformar, y veréis con qué buena voluntad estoy pronto a oír vuestras peticiones y a ponerlas en ejecución.

PEMBROKE.—En ese caso, yo (como órgano para exponer los deseos de todos estos corazones), en mi nombre y en el suyo (pero sobre todo en interés vuestro, que hace a ellos y a mí el objeto de nuestras mejores preocupaciones), os pido con la más cordial instancia la manumisión de Arturo, cuya cautividad pone en los labios murmuradores de los descontentos el peligroso razonamiento siguiente: «Si lo que tenéis de hecho lo poseéis de derecho, ¿por qué, entonces, vuestros temores (los cuales, como ellos dicen, acompañan siempre a la injusticia) os impulsan a aprisionar a vuestro tierno pariente, y a ahogar sus días en una bárbara ignorancia, y a negar a su juventud la preciosa ventaja de una buena educación?» A fin de que vuestros actuales enemigos no invoquen este pretexto para justificar las ocasiones de revuelta que puedan presentarse, concedednos el derecho de poder decir que nos habéis ordenado pedir su libertad. Esto no lo reclamo solamente por vuestro interés, sino porque nuestro interés, del cual depende el vuestro, considera como de vuestro interés que recobre su libertad.

Entra HUBERTO

REY JUAN. — Sea; encomiendo su juventud a vuestra dirección. Huberto, ¿qué noticias traéis? *(Llevándole aparte.)*

PEMBROKE. — He aquí el hombre que debía cometer la acción sangrienta. Ha enseñado su orden a uno de mis amigos. La imagen de un crimen odioso se refleja en su mirada; su aspecto misterioso revela el estado de un alma sumamente turbada, y temo terriblemente que se haya cumplido la acción que tanto temíamos de su parte.

SALISBURY.—El color del rey va y viene entre su propósito y su conciencia, semejante a dos heraldos entre dos terribles ejércitos; su agitación es tan fuerte, que tiene que estallar.

PEMBROKE.—Y cuando estalle, temo que el resultado sea la horrible descomposición de un pobre niño muerto.

REY JUAN.—No podemos detener la poderosa mano de la muerte. Buenos lores, aunque mi voluntad por concederos lo que me pedís sea bien latente, el objeto de vuestra demanda se ha ido y ya no existe. Se nos comunica que Arturo ha fallecido esta noche.

SALISBURY.—En verdad, temíamos que su enfermedad no tuviera cura.

PEMBROKE. — En verdad, antes que el niño mismo se sintiera enfermo, habíamos oído cuán cerca estaba su muerte.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

De esto habrá que responder aquí y en otra parte.

REY JUAN. — ¿Por qué me miráis con aire tan solemne? ¿Pensáis que dispongo de las tijeras del Destino? ¿Tengo mando en el pulso de la vida?

SALISBURY.—Este es un juego de villana apariencia, y es vergonzoso que la grandeza se preste a él tan groseramente. ¡Ojalá ganéis la partida! Y con esto, adiós.

PEMBROKE.—Espera todavía, lord Salisbury; iré contigo y buscaré la herencia de ese pobre infante, pequeño reino de un sepulcro obligado. ¡Tres pies de tierra de esta pequeña isla contienen la sangre del que tenía derecho a la isla entera! ¡Mundo villano el de hoy! Esto no debe tolerarse; esto provocará la rebelión, con todos nuestros pesares, y antes de poco tiempo, según creo. *(Salen los Lores.)*

REY JUAN.—Arden de indignación. Me arrepiento; no hay fundamento sólido construído sobre la sangre ni vida asegurada obtenida por la muerte de otros.

Entra un MENSAJERO

Tienes los ojos llenos de espanto. ¿Dónde está la sangre que he visto habitar en tus mejillas? Un cielo tan tenebroso no se aclara sin una tempestad. Vierte tu tormenta. ¿Cómo marchan las cosas en Francia?

MENSAJERO.—Todo marcha de Francia a Inglaterra. Nunca del seno de un país se ha levantado semejante fuerza para una expedición en el extranjero. Han imitado vuestra diligencia, pues en el momento en que os digo que se preparan, llegan noticias de que han desembarcado todos.

REY JUAN.—¡Oh! ¿Dónde se han embriagado nuestros agentes? ¿Dónde se han dormido? ¿De qué se ocupa, entonces, mi madre para que semejante ejército pueda levantarse en Francia y no oyera hablar de ello?

MENSAJERO.—Mi soberano, el polvo cierra sus oídos; vuestra noble madre murió el primero de abril, y según mis informes, monseñor, ladi Constanza falleció tres días antes, de un acceso de locura; pero esta nueva la he tomado vagamente del rumor público; si es verdadera o falsa, yo no lo sé.

REY JUAN. — ¡Modera tu rapidez, terrible ocasión! ¡Oh! ¡Aliate conmigo hasta que haya aplacado a mis pares descontentos! ¡Cómo! ¡Muerta mi madre! ¡En qué desorden debe de hallarse mi influjo en Francia! ¿Bajo la dirección de qué jefe vienen las tropas de Francia, cuyo desembarco me anuncias como seguro?

MENSAJERO.—Bajo el delfín.

REY JUAN.—Me has llenado de vértigos con esas malas noticias.

Entran el BASTARDO *y* PEDRO DE POMFRET

¡Hola! ¿Qué piensa la gente de vuestras medidas? No intentes atiborrarme la cabeza con otras malas noticias, pues ya está llena.

BASTARDO.—Mas si os asusta saber lo peor, dejad entonces que lo peor caiga sobre vuestra cabeza sin que lo entendáis.

REY JUAN.—Perdonadme, primo; estaba aturdido bajo la marea; pero ahora respiro de nuevo por encima de la ola, y puedo dar audiencia a toda voz sin excepción, haya de decirme lo que quiera.

BASTARDO. — De lo afortunado que he sido en las cosas del clero, las sumas que he recaudado os lo dirán; pero como viniera atravesando el país, he hallado al pueblo en un extraño estado de espíritu, inquieto por los rumores, lleno de ensueños absurdos, sin saber lo que temían, mas llenos de temores; y he aquí un profeta que he traído conmigo; en las calles de Pomfret, donde le encontré llevando a sus talones centenares de personas, a las que cantaba, en toscos versos mal medidos, que el día de la Ascensión, antes del mediodía,

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

vuestra alteza habría depuesto su corona.

REY JUAN.—Visionario estúpido, ¿por qué hacías eso?

PEDRO.—Porque tengo la presciencia de que esta verdad ha de cumplirse.

REY JUAN.—Huberto, llévatelo; mételo en la cárcel, y a mediodía de la fecha en que ha indicado que depondré mi corona, hazle ahorcar. Ponlo a buen recaudo, y vuelve, que te necesito. *(Sale* HUBERTO *con* PEDRO.) ¡Oh mi amable primo! ¿Sabes las noticias que corren? ¿Sabes quiénes han llegado?

BASTARDO.—Los franceses, señor; no habla la gente de otra cosa. Además, he hallado a lord Bigot y a lord Salisbury con ojos tan rojos como un fuego recién encendido y a otros más que iban buscando la tumba de Arturo, que, según ellos, ha sido muerto esta noche a instigación vuestra.

REY JUAN.—Gentil pariente, anda e introdúcete en su compañía; tengo un medio de reconquistar su afecto, tráelos a mi presencia.

BASTARDO.—Voy en su busca.

REY JUAN.—Sí, pero en seguida. Sal con buen pie. ¡Oh! No quiero tener a los súbditos por adversarios, cuando el enemigo extranjero asusta a mis ciudades con la pompa mortífera de una potente invasión. Sé Mercurio, con alas en tus talones, y tórnalos a mí, rápido como el pensamiento.

BASTARDO.—El espíritu del tiempo me enseñará la prontitud.

REY JUAN.—Eso es hablar como un cortés y noble caballero. *(Sale el* BASTARDO.) Síguele; puede tener necesidad de un mensajero entre yo y los pares, y ser tú él.

MENSAJERO.—De todo corazón, mi soberano. *(Sale.)*

REY JUAN.—¡Muerta mi madre!

Vuelve a entrar HUBERTO

HUBERTO.—Monseñor, dicen que se han visto esta noche cinco lunas: cuatro inmóviles y la quinta girando en torno de las otras cuatro en movimiento maravilloso.

REY JUAN.—¡Cinco lunas!

HUBERTO.—Los ancianos y las matronas profetizan en medio de las calles de modo peligroso. La muerte del joven Arturo es frecuente en sus bocas, y cuando hablan de él, sacuden la cabeza y murmuran unos a otros al oído; y el que habla toma a su oyente por la muñeca, mientras el que oye hace una pantomima llena de espanto, con las cejas fruncidas, con señales de cabeza, con revueltas de ojo. He visto a un herrero que se tenía en su martillo así, mientras el hierro se enfriaba sobre el yunque, devorando con la boca abierta las noticias de un sastre, quien, con la vara y las tijeras en la mano, calzado con babuchas (que en su viva precipitación se las había puesto cambiadas de pies), contaba de muchos millares de guerreros franceses que estaban en línea de batalla y formados en el Kent. Otro artesano, delgado y sucio, ha interrumpido su relato y ha hablado de la muerte de Arturo.

REY JUAN.—¿Por qué tratas de asustarme con esos terrores? ¿Por qué insistir tanto en la muerte de Arturo? Tu mano le asesinó. Yo tenía una razón poderosa para desear su muerte; pero tú no tenías ninguna para matarlo.

HUBERTO.—¡Ninguna, señor! ¡Qué! ¿No me provocastels a ello?

REY JUAN.—Es la maldición de los reyes estar rodeados de esclavos que toman sus accesos de cólera como una orden para violar la morada sangrienta de la vida; y en el parpadeo de la autoridad leen una ley, imaginándose conocer el pensamiento de la peligrosa soberanía cuando, por casualidad, frunce las cejas, antes por mal humor que por reflexión prudente.

HUBERTO.—He aquí la orden de lo que he hecho, escrita por vuestra mano y sellada con vuestro sello.

REY JUAN.—¡Oh! Cuando hayamos

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

rendido al Cielo nuestras últimas cuentas de la tierra, esta mano y este sello serán contra nosotros los testigos de nuestra condenación. ¡Cuántas veces la vista de los instrumentos de las malas acciones basta para cometerlas! Si no hubieras estado cerca de mí, tú, camarada designado por la mano de la Naturaleza, escogido y marcado para el cumplimiento de una infamia, ese asesinato no habría asaltado mi mente; pero, reparando en tu aspecto abominable, descubriéndote capaz de una sangrienta villanía, apto, dispuesto para todo empleo peligroso, hablé tímidamente contigo de la muerte de Arturo; y tú, para conquistarte el afecto de un rey, no vacilaste en destruir a un príncipe.

HUBERTO.—Monseñor...

REY JUAN.—De tan sólo haber tú sacudido la cabeza, o hecho una pausa mientras te descubría mis proyectos en términos velados, o posado en mi cara un ojo interrogador como para ordenarme que me expresara en términos precisos, una vergüenza profunda me hubiese obligado a enmudecer, a desechar la idea, y los temores que me hubieras mostrado habrían engendrado en mí otros temores; pero tú me comprendiste por señas, y por señas parlamentaste con el pecado. Sí, sin vacilar hiciste a tu corazón que consintiera, y, consecuentemente, tu mano brutal ejecutó el acto que nuestras dos lenguas sienten horror de nombrar. ¡Fuera de mi vista, y que nunca te vea más! Mis nobles me abandonan y mi poder está desafiado, casi a mis puertas, por huestes de naciones extrañas. Y más: en el interior de esta tierra de carne, en el seno de este reino de mi persona, donde circulan el alma y la vida, la guerra y la discordia civil reinan entre mi conciencia y la muerte de mi sobrino.

HUBERTO.—Armaos contra vuestros otros enemigos, que yo pondré paz entre vuestra alma y vos. El joven Arturo vive. Esta mano mía es una mano aún virgen e inocente, que no se ha pintado por las manchas carmesíes de la sangre. Dentro de este pecho no entró jamás la trágica emoción de un pensamiento asesino, y vos habéis calumniado a la naturaleza humana en mi persona física, que, por feroz que parezca exteriormente, es, sin embargo, el fanal de un alma hermosa, para servir de verdugo a un niño inocente.

REY JUAN.—¿Que Arturo vive? ¡Oh! Corre en busca de los pares, arrójales esta noticia en su inflamada cólera y redúcelos a la obediencia. Olvida el comentario que mi desesperación ha hecho de tu figura, pues mi cólera estaba ciega, y la ilusión horrible de una sangre imaginaria te hacía aparecer más odioso de lo que eres. ¡Oh! No me respondas, sino conduce ante mí a los lores irritados con toda la prisa que te sea posible. Mi ruego mismo viene a ser lento. Corre más aprisa. *(Salen.)*

ESCENA III

El mismo lugar.—Delante del castillo

Entra ARTURO, *en lo alto de las murallas*

ARTURO.—La muralla es alta, y, sin embargo, saltaré abajo. ¡Tierra bienhechora, ten piedad de mí y no me hagas daño! No hay nadie o casi nadie que me conozca; y aunque me conocieran, este traje de grumete me ha transformado por completo. Tengo miedo, y, no obstante, me aventuraré. Si puedo tocar abajo y no me rompo los miembros, hallaré mil medios de huir. Tanto da morir y partir como morir y quedar. *(Salta a tierra.)* ¡Ay de mí! El espíritu de mi tío está en estas piedras. ¡Los cielos reciban mi alma e Inglaterra guarde mis huesos! *(Muere.)*

Entran PEMBROKE, SALISBURY *y* BIGOT

SALISBURY.—Lores, le he encontrado en San Edmundsbury; es nuestra salvación y debemos aceptar esta graciosa oferta en estos tiempos tan críticos.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

PEMBROKE.—¿Quién ha traído esa carta del cardenal?

SALISBURY. — El conde de Melun, un noble señor de Francia que en conversación secreta conmigo me ha dado informes más concretos sobre el valimiento del delfín que los contenidos en estas líneas.

BIGOT.—En ese caso, nos presentaremos a él mañana por la mañana.

SALISBURY.—Sería mejor que nos pusiéramos en marcha ahora mismo, pues tendremos que andar dos jornadas largas antes de hallarlos, señores.

Entra el BASTARDO

BASTARDO.—Dichosamente hallados una vez más hoy, señores; el rey reclama por boca mía vuestra presencia inmediatamente.

SALISBURY.—El rey mismo se ha desposeído de nuestras personas; no queremos bordar con nuestros honores intactos su manto fútil y manchado, ni acompañar el pie que deja las huellas de la sangre por donde pasa. Volveos y repetidle estas palabras: «Sabemos lo peor de todo.»

BASTARDO. — Penséis lo que penséis, creo que no estarían de más las buenas palabras.

SALISBURY. — Son nuestros dolores, y no nuestras formas, los que a la sazón razonan.

BASTARDO.—Pero hay pocas razones en vuestros dolores; y, por consiguiente, sería razón que tuvieseis formas.

PEMBROKE.—Señor, señor, la impaciencia tiene sus límites.

BASTARDO.—Es verdad: el límite de herir a quien la siente.

SALISBURY.—Esta es la prisión. ¿Quién yace aquí tendido en tierra? *(Repara en* ARTURO.)

PEMBROKE. — ¡Oh muerte, que puedes enorgullecerte de tan pura y principesca belleza! ¡La tierra no ha tenido un agujero para ocultar este crimen!

SALISBURY.—El asesino, como si detestara lo que ha hecho, se denuncia a sí propio para excitar a la venganza.

BIGOT.—O tal vez, cuando hubo condenado esta hermosura, la halló demasiado principesca para un sepulcro.

SALISBURY.—¿Qué pensáis ver, sir Ricardo? ¿Habéis contemplado jamás, leído u oído cosa semejante? ¿Hubierais podido creerlo? Y aunque lo vieseis, ¿habríais llegado a creer lo que veis? Sin este espectáculo, ¿el pensamiento imaginaría nada parecido? He aquí, verdaderamente, el remate, la cimera, la cimera de las cimeras de las armaduras del asesino. He aquí el oprobio más sanguinario, la barbarie más feroz, el rasgo más vil que puede ofrecer la cólera a los ojos de piedra y la radiosa locura a las lágrimas de la dulce piedad.

PEMBROKE.—Todos los asesinatos pasados tienen su excusa en éste, y éste es tan único, desafía de tal modo toda comparación, que dará pureza y piedad a los crímenes todavía por nacer del porvenir, y mostrará, por el espectáculo de este odioso precedente, que la más terrible efusión de sangre no es sino una broma.

BASTARDO.—Esta es una obra maldita y endemoniada; es la acción detallada de una mano grosera, si ésta es obra de una mano humana.

SALISBURY.—¿Si es obra de una mano humana? Nosotros teníamos el presentimiento de lo que había de suceder; es la obra vergonzosa de la mano de Huberto ejecutando el plan y el propósito del rey; de un rey que prohibo a mi alma le rinda ninguna obediencia; y arrodillándome ante estas ruinas de una vida encantadora y frente a su perfección inanimada, exhalo el incienso de este juramento, juramento sagrado, de no gozar en lo sucesivo de los placeres del mundo, ni ser jamás seducido por los apetitos, de no tener nunca comercio con el bienestar y el reposo hasta que haya santificado esta mano consagrándola al culto de la venganza.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

BIGOT y PEMBROKE. — Nuestras almas se adhieren religiosamente a tus palabras.

Entra HUBERTO

HUBERTO.—Señores, estoy sofocado por la premura que he puesto en buscaros. Arturo vive; el rey os manda llamar.

SALISBURY.—¡Oh! ¡Es audaz y no enrojece ante la muerte! ¡Atrás, detestable villano! ¡Márchate!

HUBERTO.—Yo no soy villano.

SALISBURY.—*(Tirando de la espada.)* ¿Tendré que violar la ley?

BASTARDO.—Vuestra espada es brillante, señor; envainadla.

SALISBURY.—No sin antes haberla enfundado en la piel de un asesino!

HUBERTO.—¡Retroceded, lord Salisbury; retroceded, digo! Por el Cielo, pienso que mi espada es tan penetrante como la vuestra. No quisiera, señor, que os olvidarais de vos mismo ni veros exponer al peligro de mi legítima defensa, por temor de que el espectáculo de vuestra cólera me haga olvidar vuestra dignidad, vuestra grandeza y vuestro rango.

BIGOT.—¡Atrás, escoria! ¿Te atreves a desafiar a un noble?

HUBERTO.—No, por mis días; pero me atreveré a defender mi vida inocente contra un emperador.

SALISBURY.—¡Eres un asesino!

HUBERTO. — No me obliguéis a probároslo; no lo soy todavía. Sea cualquiera la lengua que hable con falsedad, no es verídica; quien no habla según la verdad, miente.

PEMBROKE.—¡Hacedlo pedazos!

BASTARDO.—Teneos en paz, digo.

SALISBURY. — ¡Quieto, u os desollaré, Faulconbridge!

BASTARDO.—Más te valdría desollar antes al diablo, Salisbury; si tan sólo me miras con ceño, mueves un pie o permites a tu mal humor irreflexivo que me infiera un ultraje, te dejo muerto. Mete en seguida tu espada en su vaina, o voy a romperos a vos y a vuestro acero, de suerte que creáis que ha venido de los infiernos el propio diablo.

BIGOT.—¿Qué pretendes hacer, ilustre Faulconbridge? ¿Secundar a un miserable y a un asesino?

HUBERTO.—¡Lord Bigot, yo no soy asesino ni miserable!

BIGOT.—¿Quién ha matado a este príncipe?

HUBERTO.—No hace una hora lo dejé con buena salud; lo honraba, lo quería, y tanto tiempo como viva lloraré la pérdida de su dulce persona.

SALISBURY.—No os fiéis del agua hipócrita de sus ojos, pues a la villanía le cuesta poco trabajo llorar; ya acostumbrado a recurrir a las lágrimas, sabe darles impresión de piedad y de inocencia. Venid conmigo todos aquellos cuyas almas aborrecen el hedor de los osarios, pues me sofocan estas exhalaciones del crimen.

BIGOT.—¡En marcha hacia Bury, donde se halla el delfín!

PEMBROKE. — Decid al rey que allí es donde puede hacernos mandar. *(Salen los Lores.)*

BASTARDO. — ¡Bonito mundo! ¿Tenéis conocimiento de esta bella obra maestra? Si eres tú quien ha cometido este acto de muerte, estás condenado, Huberto, sin recurso posible de perdón de la infinita y omnipotente clemencia divina.

HUBERTO. — Escuchadme siquiera, señor.

BASTARDO. — ¡Ah! Voy a decirte una cosa. Eres un condenado tan negro..., no, nada es tan negro como tú. Eres un condenado más terrible que Lucifer. No hay un demonio del infierno tan horrible como tú, si has matado a este niño.

HUBERTO.—¡Por mi alma...!

BASTARDO.—Si has consentido siquiera en este crudelísimo acto, no te queda otro recuerso que la desesperación; si tienes necesidad de una cuerda, el hilo más sutil que haya tejido la araña en su vientre te bastará para estrangular-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

te; un junco te servirá de poste para ahorcarte, y si prefieres ahogarte, no tendrás más que echar un poco de agua en una cuchara, y esta poca agua será todo un océano. Habrá bastante para ahogar a un miserable como tú. Sospecho muy gravemente de ti.

HUBERTO. — Si por acto, por consentimiento o por pensamiento criminal soy culpable de haber arrebatado el dulce aliento que estaba encerrado en esa hermosa arcilla, que el infierno no tenga tormentos bastantes para torturarme. Lo dejé con buena salud.

BASTARDO.—Anda, cógelo en brazos. A fe mía, estoy desorientado y no hallo mi senda en medio de los abrojos y peligros de este mundo. ¡Con qué facilidad levantas contigo a toda Inglaterra! Con esta baratija de realeza difunta, todo cuanto este reino poseía de vida, de derecho y de verdad ha huído al Cielo; y ahora he aquí a Inglaterra que va a desgarrarse, disputar y repartir por los dientes la vergonzosa sucesión de un orgulloso poderío. Ahora, por este hueso roído de la majestad, el perro de la guerra eriza sus pelos y ladra al amable rostro de la paz. Ahora las fuerzas extranjeras y los descontentos nacionales se reúnen en una misma línea, y como un cuervo suspendido sobre una bestia muerta, la tremenda anarquía aguarda la decadencia inmanente de la pompa usurpada. Dichosos ahora aquellos cuyo manto y cinturón puedan resistir a esta tempestad. Llevad a este niño y seguidme con diligencia. Voy a presentarme al rey. Tenemos en la mano mil asuntos que solventar, y el Cielo mismo lanza una mirada ceñuda sobre el país. *(Salen.)*

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

El mismo lugar.—Salón en el Palacio

Entran el REY JUAN, PANDOLFO, *con la corona, y gentes del séquito*

REY JUAN.—Así, coloco entre vuestras manos el círculo de mi gloria.

PANDOLFO.—*(Entregando al* REY JUAN *la corona.)* Recobrad de mi mano, como si la recibierais del Papa, vuestra soberana grandeza y autoridad.

REY JUAN. — Cumplid ahora vuestra santa palabra; id al encuentro del francés y emplead todos los poderes que tenéis de Su Santidad para detener su marcha antes que estemos en conflagración. Rebélase nuestra descontenta nobleza; el pueblo se niega a obedecernos, y jura fidelidad y adhesión a una sangre extranjera, a una realeza extraña. Sólo vos podéis aplacar esta inundación de descontento; no os detengáis un instante, pues la hora actual se halla tan enferma, que debe aplicársele un remedio inmediato o sobrevendrá una ruina incurable.

PANDOLFO. — Ha sido mi soplo el que levantó esta tempestad, a causa de la obstinación de vuestra conducta para con el Papa; mas puesto que estáis sometido y convertido, mi voz amainará esta tempestad guerrera y restablecerá el buen tiempo en vuestro reino sublevado. En este día de la Ascensión, recordadlo bien, sobre vuestro juramento de servir al Papa, voy a hacer deponer las armas a los franceses. *(Sale.)*

REY JUAN. — ¿Es hoy la Ascensión? ¿No había dicho el profeta que antes del mediodía de la Ascensión habría depuesto yo mi corona? La he rendido, en efecto; creí que eso sería por temor; mas, el Cielo sea alabado, ha sido voluntariamente.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Entra el BASTARDO

BASTARDO.—Todo el Kent ha cedido; sólo resiste el castillo de Douvres. Londres ha recibido como a huésped bien venido al delfín y a sus tropas; vuestros nobles no quieren escucharos y han partido a ofrecer sus servicios a vuestro enemigo; y entre el escaso número de vuestros dudosos amigos reina acá y allá una extraña incertidumbre.

REY JUAN.—¿No han querido mis nobles volver conmigo, luego de saber que el joven Arturo estaba vivo?

BASTARDO.—Le han hallado muerto y tendido en la calle, arqueta vacía de la cual una mano endemoniada había arrancado y robado la joya.

REY JUAN.—Ese miserable de Huberto me dijo que vivía.

BASTARDO.—Por mi alma que él no dijo sino lo que creía. Pero ¿por qué bajáis la cabeza? ¿Por qué tenéis ese aire triste? Sed grande en actos como habéis sido grande en intenciones; que el mundo no vea el miedo y la triste desconfianza gobernar la expresión de una mirada real. Tened el horror de la hora presente; sed fuego con el fuego; amenazad al que amenaza, y sostened la mirada del horror que intenta intimidaros; entonces, los inferiores, que calcan su conducta sobre la de los grandes, se convertirán en grandes, a ejemplo vuestro, y se armarán de un espíritu indomable de resolución. ¡Adelante, y brillad como el dios de la guerra cuando se dispone a descender sobre el campo de batalla! Dad pruebas de osadía y de una confianza sin límites. ¿Cómo? ¿Vendrán a desafiar al león en su antro? ¿Le harán temblar allí? ¡Oh! ¡Que no se diga semejante cosa! Adelante, corred al encuentro de la rebelión más lejos de vuestras puertas, y medíos con ella antes que se os aproxime demasiado.

REY JUAN.—El legado del Papa estaba conmigo no ha un instante; he concertado con él una paz dichosa, y me ha prometido volver las fuerzas conducidas por el delfín.

BASTARDO.—¡Oh! ¡Pacto sin gloria! ¡Qué! Cuando nuestro suelo está invadido, ¿enviamos proposiciones pacíficas, contraemos compromisos, nos valemos de insinuaciones, parlamentamos, concertamos una vil tregua con el ejército invasor? ¡Qué! Un muchacho imberbe, un petimetre envuelto en sedas, ¿vendrá a desafiar nuestras comarcas, a hacer el noviciado de su valor en un suelo belicoso, a mofarse del aire que respiramos y a desplegar a su gusto sus banderas sin hallar oposición? ¡Corramos a las armas, mi soberano! Tal vez el cardenal no pueda concertar vuestra paz, y si la hace, que se diga al menos que el enemigo ha visto que teníamos intención de defendernos.

REY JUAN.—Encárgate tú de dirigir la situación actual.

BASTARDO.—¡Adelante, entonces, y fiero coraje! Estoy seguro de que nuestro partido puede afrontar todavía al más orgulloso adversario. *(Salen.)*

ESCENA II

Una llanura cerca de San Edmundsbury. Las tiendas *francesas*

Entran, en armas, LUIS, SALISBURY, MELUN, PEMBROKE, BIGOT *y Soldados*

LUIS.—Milord de Melun, mandad sacar copia de este tratado, colocadla en lugar seguro para que podamos consultarla y devolved el original a estos lores, a fin de que nuestros arreglos, estando escritos en debida forma, puedan, al volver a leerse, establecer cuáles son nuestros compromisos y hasta qué punto guardamos firme e inviolablemente nuestras promesas.

SALISBURY.—Jamás serán rotas por nuestra parte. Sin embargo, noble delfín, aunque hayamos jurado una adhesión sin límites y una fidelidad voluntaria a vuestros designios, creedme, prín-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

cipe, no me regocijo de vivir en un tiempo que ha de buscar remedio en una despreciable revuelta y cicatrizar la gangrena inveterada de una herida haciendo otras muchas. ¡Oh! Esto entristece mi alma: verme obligado a tomar la espada que llevo ceñida para hacer viudas, ¡ay!, y ello en este país, donde cada uno que tiene necesidad de un socorro honorable y de una defensa grita en voz alta el nombre de Salisbury. Pero tal es la pestilencia de esta época, que, para devolver la salud y la fuerza al derecho, tenemos que recurrir a la acción de la dura injusticia y de la anarquía malaventurada. ¡Oh! ¿No es lamentable, mis amigos desolados, que nosotros, los hijos de esta isla, hayamos nacido para contemplar una hora tan triste, una hora en que nos vemos obligados a marchar a remolque de un extranjero, de hollar el noble suelo de la patria, de engrosar las filas de sus enemigos, de acoger la nobleza de un país lejano y de seguir un estandarte que no es el nuestro? ¡Oh! Ganas me dan de apartarme y llorar sobre la marcha de la conducta que nos vemos obligados a seguir. ¡Cómo! ¡Aquí mismo! ¡Oh nación mía, si pudieras transportarte más lejos! ¿Por qué los brazos de Neptuno que te ciñen aquí no pueden arrancarte al sentimiento de ti misma y llevarte a una costa pagana, donde estos dos ejércitos cristianos combinarían en una misma vena de amistad su sangre irritada, en vez de derrocharla aquí como malos vecinos?

LUIS.—Muestras en esto un noble carácter, y los grandes sentimientos que luchan en tu corazón hacen una erupción de nobleza. ¡Oh, qué combate tan noble se ha entablado en ti entre la necesidad y el leal patriotismo! Permíteme enjugar ese rocío que corre, argentado, por tu rostro. Mi corazón se ha enternecido a veces ante lágrimas de mujer; y, sin embargo, esto no es sino una inundación ordinaria de sensibilidad; pero la efusión de ese llanto viril, de ese diluvio que proviene de la tempestad de un alma, hiere de asombro mis ojos y me deja abrumado en una admiración más grande que si hubiera visto la bóveda del cielo dibujarse toda entera a la luz de brillantes meteoros. Alza la frente, noble Salisbury, y que tu gran corazón exhale esta tempestad; deja las lágrimas para los ojos infantiles que nunca han visto las gigantescas luchas del mundo ni hallaron el destino sino en fiestas regocijadas por el deleite, la alegría y la conversación. Ven, ven, pues tú sumergirás tu mano en la bolsa de la rica prosperidad tan profundamente como Luis mismo; e igualmente todos vosotros, nobles, que unís a mi fuerza vuestros nervios.

Entra PANDOLFO *con su séquito*

Creo verdaderamente que acaba de hablar un ángel; ved al santo legado que se acerca para darnos la garantía de la mano del Cielo e imprimir a nuestras acciones el nombre del derecho por una santa palabra.

PANDOLFO. — ¡Salve, noble príncipe de Francia! He aquí lo que tengo que decir: el rey Juan se ha reconciliado con Roma; su espíritu, que se mantenía apartado de la santa Iglesia, se ha inclinado ante la gran metrópoli y la sede romana. En consecuencia, repliega ahora tus estandartes amenazadores y aplaca la ira furiosa de la guerra feroz, a fin de que, semejante a un león alimentado en la mano, se tienda dulcemente a los pies de la paz y no tenga otro terror sino la apariencia.

LUIS.—Perdóneme Vuestra Gracia; no retrocederé en mi camino: soy de estirpe demasiado elevada para ser gobernado por una voluntad extranjera, para ser un subalterno sometido a tutela, un servidor útil o un instrumento de no importa qué Estado soberano en el mundo. Vuestro soplo es el que, desde un principio, enciende los carbones extintos de la guerra entre mi persona y este

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

reino castigado; vos sois quien trajo la leña que debía nutrir el fuego, y ahora el incendio es demasiado vasto para que se apague por el mismo débil soplo que ha bastado para encenderlo. Vos me habéis enseñado de parte de quién estaba el verdadero derecho; vos me habéis instruido de los intereses que tenía en este reino; sí, vos habéis aconsejado esta empresa a mi corazón, y ahora venís a decirme que Juan ha hecho las paces con Roma. ¿Qué se me da a mí de esa paz? Por el privilegio de mi matrimonio, reclamo a la muerte del joven Arturo este país como mío; y ahora que ya está medio conquistado, ¿debo volverme porque Juan ha hecho las paces con Roma? ¿Es que yo soy el esclavo de Roma? ¿Qué dinero me ha dado Roma? ¿Cuántos hombres me ha facilitado? ¿Qué municiones me ha remitido para sostener esta empresa? ¿No soy yo quien soporta la carga? ¿Quién sino yo y los que se han sometido a mi obediencia sudan por este negocio y sostienen esta guerra? ¿No he oído gritar a los insulares: «¡Viva el rey!», a medida que costeaba sus pueblos? ¿No tengo las mejores cartas para ganar la partida entablada por una corona? ¿Y ahora habré de abandonar el juego? No, no, por mi alma; jamás se dirá semejante cosa.

PANDOLFO.—No consideráis sino el aspecto exterior del asunto.

LUIS.—Exterior o interior, no retrocederé sin que el intento me haya proporcionado la gloria prometida a mi gran esperanza, ni sin haber formado este bravo ejército, agrupado estos espíritus altivos, para marchar a la conquista y ganar renombre, aunque tuviera que introducirme en las propias fauces del peligro y de la muerte. *(Suena una trompeta.)* ¿Qué trompeta detonante es ésa que así nos llama?

Entra el BASTARDO *con su séquito*

BASTARDO.—Conforme a las prácticas de la lealtad, os pido audiencia; se me ha enviado para hablaros. Mi venerable señor de Milán, vengo de parte del rey con objeto de saber lo que habéis tratado en su nombre, y según vuestra respuesta deduciré la medida y extensión que debo dar a mis palabras.

PANDOLFO.—El delfín hace una oposición obstinada y no quiere conceder tregua alguna, a pesar de mis instancias. Dice claramente que no depondrá las armas.

BASTARDO.—Por toda la sangre que haya exhalado el furor, este joven habla bien. Ahora escuchad a nuestro rey de Inglaterra, porque es su realeza la que habla por mi boca. Está dispuesto a todo, tal es la razón que él daría, sonríe ante la travesura e insolencia de esta invasión, ante esta mascarada aderezada, esta orgia estúpida, esta impertinencia de un imberbe y estas tropas de chiquillos, y está dispuesto a echar a latigazos fuera del círculo de sus territorios a este ejército de enanos y a estos regimientos de pigmeos. La mano que tuvo valentía para apalearlos en vuestras mismas puertas y que os hizo saltar por la ventana; a meteros como cubos en profundos pozos; a esconderos en baúles y maletas como prendas empeñadas; a dormir con los cerdos; a buscar la salvación en cuevas y prisiones; que os ha hecho estremecer y temblar hasta con el canto de vuestro gallo nacional, confundiendo su voz con la de un inglés armado; la mano victoriosa que os ha castigado en vuestros mismos hogares, ¿pensáis que se ha de debilitar aquí? No; sabed que el bravo monarca se halla bajo las armas, y, semejante al águila que se cierne por encima de sus dominios, está suspendido sobre vosotros para destruir al que se aproxime a su nido. Y vosotros, hombres degenerados, ingratos, rebeldes, sanguinarios nerones que desgarráis el vientre de vuestra querida madre Inglaterra, enrojeced de vergüenza, pues vuestras propias mujeres y vuestras hijas de semblante pálido,

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

semejantes a amazonas trotando detrás de vuestros tambores, han cambiado sus dedales por guanteletes de hierro, sus agujas por lanzas y la apacible inclinación de sus corazones por disposiciones marciales y sanguinarias.

LUIS. — Termina tus bravatas y vete en paz. Confesamos que puedes batirnos a golpes de injurias; que te vaya bien. Disponemos de un tiempo demasiado precioso para malgastarlo con un charlatán como tú.

PANDOLFO.—Permitidme que hable.

BASTARDO.—No; soy yo quien va a hablar.

LUIS.—No queremos oír ni a uno ni a otro. ¡Batid, tambores! ¡Y que la voz de la guerra abogue por nuestros derechos y nuestra presencia en este país!

BASTARDO. — Sí, por mi fe; vuestros tambores gritarán cuando se los golpee, y vosotros gritaréis cuando se os golpee también. Despierta tan sólo un eco con el son de tu tambor, y en seguida un tambor ya dispuesto resonará tan alto como el tuyo; da un segundo redoble, y al punto otro todavía más fuerte desgarrará los oídos del cielo, y se mofará del trueno de ronca voz, pues el valiente rey Juan, que no se ha fiado de ese legado contemporizador, de que se ha servido como de juego más que como de auxiliar, se halla preparado, y sobre su frente se sienta la muerte descarnada, cuyo oficio es hoy regalarse con millares de franceses.

LUIS.—¡Batid, tambores! ¡Veamos ese peligro!

BASTARDO.—¡Y lo verás, delfín, no lo dudes! *(Sale.)*

ESCENA III

El mismo lugar.—Un campo de batalla

Fragores de combate. Entran el REY JUAN *y* HUBERTO

REY JUAN.—¿Cómo va para nosotros la jornada? ¡Oh! ¡Dímelo, Huberto!

HUBERTO.—Temo que mal. ¿Cómo se encuentra vuestra majestad?

REY JUAN.—Me acaba esta fiebre, que me ha fatigado durante tanto tiempo. ¡Oh! Mi corazón está enfermo.

Entra un MENSAJERO

MENSAJERO. — Monseñor, vuestro valeroso pariente Faulconbridge desea que vuestra majestad abandone el campo de batalla y le haga saber por mí hacia qué lado os dirigiréis.

REY JUAN.—Dile que del lado de Swinstead, a la abadía que allí se halla

MENSAJERO. — Tened buenas esperanzas, pues el considerable refuerzo que esperaba el delfín ha naufragado hace tres noches en las playas de Goodwin. La noticia acaba de dárnosla Ricardo hará un instante. Los franceses combaten con frialdad y comienzan a retroceder.

REY JUAN.—¡Ah! ¡Esta fiebre implacable que me abrasa y no permite que dé la bienvenida a tan excelentes nuevas! Partamos hacia Swinstead; a mi litera, pronto; la debilidad me consume y estoy a punto de desvanecerme. *(Salen.)*

ESCENA IV

Otra parte del campo de batalla

Entran SALISBURY, PEMBROKE, BIGOT *y otros*

SALISBURY.—No creí que el rey se hallara tan provisto de amigos.

PEMBROKE. — ¡Adelante una vez más! Vigilad el ardor de los franceses; si son vencidos, lo seremos también.

SALISBURY. — Ese diablo de bastardo Faulconbridge, a despecho de todos, sostiene solo la batalla.

PEMBROKE.—Dicen que el rey Juan ha abandonado muy enfermo el campo.

Entra MELUN, *herido y conducido por* HUBERTO

MELUN.—Llevadme al lado de los rebeldes de Inglaterra.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

SALISBURY.—Cuando éramos felices teníamos otros nombres.

PEMBROKE.—Es el conde de Melun.

SALISBURY.—Herido de muerte.

MELUN.—Huid, nobles ingleses. Estáis traicionados y perdidos; desenhebrad la aguja de la rebelión y apelad a la fidelidad que habéis rechazado. Buscad al rey Juan y echaos a sus pies; pues si los franceses quedan dueños de este día de estrépito, tienen la intención de recompensar vuestros afanes cortándoos la cabeza; así lo ha jurado el delfín, y yo con él, y otros muchos conmigo, ante el altar de San Edmundsbury, el mismo altar ante el cual nos habíamos jurado una tierna amistad y una eterna afección.

SALISBURY.—¿Es posible? ¿Será verdad?

MELUN.—¿No tengo acaso la horrible muerte ante los ojos, ni qué me queda ya más que una reducida cantidad de vida que se derrite poco a poco, como una figura de cera al lado del fuego? ¿Qué podría inducirme ahora a engañaros, cuando voy a perder la ventaja de todo fraude? ¿Por qué había de ser falso, siendo cierto que voy a morir aquí y que no viviré por la mentira? Os repito que si Luis sale victorioso hoy, será perjuro si deja a vuestros ojos contemplar aún la aparición del sol en el Oriente. Esta misma noche, esta noche, cuyo hálito negro y contagioso se exhala ya en torno de la inflamada cimera del sol desfallecido, viejo, agotado de su viaje; esta misma noche execrable verá escaparse vuestro aliento y pagar así la pena inevitable de la traición por el precio de todas vuestras vidas, si Luis queda dueño de la jornada. Encomendadme a la memoria de un tal Huberto, que está con vuestro rey; mi cariño por él y otra consideración todavía, la de que mi abuelo fué inglés, han estimulado mi conciencia a revelaros todo esto. En recompensa, os ruego que me saquéis de aquí, fuera del ruido y de los rumores del campo de batalla, y me depositéis en algún lugar donde pueda recoger en paz el resto de mis pensamientos y separar mi alma de este cuerpo para dedicarla a la contemplación y a los deseos piadosos.

SALISBURY.—Te creemos. ¡Maldita sea mi alma si no me alegro de que esta ocasión nos sirva de guía para abandonar el sendero de una culpable deserción! Imitemos la ola cuando decrece y se retira; dejemos nuestro desbordamiento y nuestro curso irregular; volvamos hacia las playas que hemos franqueado y corramos con calma y obediencia a nuestro océano, a nuestro rey Juan. Mi brazo te va a prestar apoyo para conducirte lejos de aquí, pues veo en tus ojos que se aproximan los crueles sufrimientos de la muerte. ¡Adelante, amigos! Una nueva deserción será el cambio feliz que restablecerá el antiguo derecho. *(Salen sosteniendo a* MELUN.)

ESCENA V

El mismo lugar.—El campo francés

Entran LUIS *y su séquito*

LUIS.—El sol de los cielos me ha parecido que sentía vergüenza de ocultarse, pero que se detenía y forzaba al Occidente a enrojecer, mientras los ingleses se retiraban abatidos, cediendo la propia tierra de su patria, en una retirada vacilante. ¡Oh! Hemos cerrado brillantemente la jornada, cuando después de tantos sangrientos afanes les hemos dado las buenas noches con una descarga cerrada de nuestra mosquetería; y cuando, permaneciendo los últimos en el campo de batalla, hemos replegado gloriosamente nuestros desgarrados estandartes.

Entra un MENSAJERO

MENSAJERO.—¿Dónde está mi príncipe el delfín?

LUIS.—Aquí. ¿Qué sucede?

MENSAJERO.—El conde de Melun ha

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

sido muerto. Persuadidos por él, los lores ingleses han desertado otra vez, y los refuerzos que esperabais tanto tiempo han naufragado y perecido en las playas de Goodwin.

LUIS. — ¡Oh! ¡Execrables, detestables noticias! ¡Maldito seas! No pensé que esta noche estaría tan triste como estoy después de estas noticias. ¿Quién había dicho que el rey Juan huía una o dos horas antes que la llegada de la noche separase a nuestros dos fatigados ejércitos?

MENSAJERO.—Quienquiera que lo dijese, dijo la verdad, señor.

LUIS. — Bien; escoged buenos campamentos y tomad bien vuestras precauciones esta noche. No se levantará el día tan pronto como yo para intentar la venturosa suerte de mañana. *(Salen.)*

ESCENA VI

Plaza abierta en las proximidades de la abadía de Swinstead

Entran el BASTARDO *y* HUBERTO, *por opuestos sitios*

HUBERTO.—¿Quién va? ¡Hablad! ¡Oh, hablad pronto, o tiro!

BASTARDO. — Un amigo. ¿De dónde eres tú?

HUBERTO.—Del partido de Inglaterra.

BASTARDO.—¿Adónde vas?

HUBERTO. — ¿Y a ti qué te importa? ¿Me ocupo yo de tus asuntos como tú de los míos?

BASTARDO.—Se me figura Huberto.

HUBERTO.—Has acertado. Me aventuro a creer que eres amigo mío, ya que conoces tan bien mi voz. ¿Quién eres?

BASTARDO.—Quien tú quieras; pero si te place, puedes hacerme el favor de creer que desciendo de los Plantagenet.

HUBERTO.—¡Desdichada memoria! Tú y la ciega noche me habéis llenado de confusión. Bravo soldado, perdono a mis oídos que no hayan reconocido tu acento desde su primera entonación.

BASTARDO.—Vamos, vamos, sin cumplimientos. ¿Qué noticias hay?

HUBERTO. — Pues precisamente estaba pensando en ir a vuestro encuentro a través de las tenebrosidades de la noche.

BASTARDO.—Sé breve, pues, y di: ¿qué noticias hay?

HUBERTO.—¡Oh mi noble señor, noticias propias de la noche, negras, horribles, desoladoras, horripilantes!

BASTARDO.—Muéstrame la llaga de esas malas nuevas; no soy una mujer, y así, no voy a desmayarme.

HUBERTO.—El rey, a lo que temo, ha sido envenenado por un monje; le he dejado casi sin habla y me he escapado para informaros de este peligro, a fin de que podáis tomar mejor vuestras disposiciones para esta inminente catástrofe que si os hubierais enterado tarde del estado de cosas.

BASTARDO.—¿Cómo ha tomado ese veneno? ¿Quién lo ha tomado antes que él?

HUBERTO.—Un monje, os digo, un malvado dispuesto a todo, cuyas entrañas han estallado inmediatamente. El rey habla aún y quizá pueda restablecerse.

BASTARDO. — ¿A quién has dejado al cuidado de su majestad?

HUBERTO.—¡Cómo! ¿No lo sabéis? Han vuelto todos los lores, trayendo consigo al príncipe Enrique. A instancias de éste, el rey los ha perdonado, y se hallan todos alrededor de su majestad.

BASTARDO.—¡Cielo poderoso, contén tu indignación y no nos obligues a llevar mayor carga de la que podemos! Debo decirte, Huberto, que esta noche la mitad de mis tropas, al atravesar unos llanos, ha sido sorprendida por la marejada y devorada por las olas del Linconl. Yo mismo, aunque bien montado, he podido escapar a duras penas. ¡En marcha, adelante! Llévame junto al rey. Tengo miedo de que muera antes que lleguemos. *(Salen.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ESCENA VII

El jardín de la abadía de Swinstead

Entran el PRÍNCIPE ENRIQUE, SALISBURY *y* BIGOT

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Es demasiado tarde. Tiene toda la sangre infectada; y el cerebro mismo, que algunos consideran como frágil mansión del alma, por las vanas expresiones que deja percibir, presagia el término de la vida mortal.

Entra PEMBROKE

PEMBROKE.—Su alteza habla todavía, y se halla persuadido de que si le trajese al aire libre, esto aplacaría el incendio del veneno cruel que lo devora.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Que se le conduzca aquí, al jardín. *(Sale* BIGOT.) ¿Está furioso todavía?

PEMBROKE.—Está más calmado que cuando le dejasteis; hasta incluso cantaba.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Oh vanidad de la enfermedad! Las sensaciones extremas, cuando se prolongan, acaban por no sentirse. La muerte, tras haber realizado la conquista de los miembros exteriores, los deja insensibles y luego dirige su asedio contra el alma, que asalta y hiere con innumerables legiones de extraños fantasmas, que, en su tropel y apresuramiento por este último asalto, se confunden revueltos. ¡Es asombroso que la muerte puede cantar! ¡Ay! Yo soy la cría de este cisne pálido y desfalleciente, que entona un himno lúgubre a su propia muerte y que de su órgano frágil extrae el cántico que mece para el eterno reposo su alma y su cuerpo.

SALISBURY.—Tened buenas esperanzas, príncipe, pues habéis nacido para restablecer el orden de este caos que deja tras sí vuestro padre, caos tan bárbaro e infame.

Vuelven a entrar BIGOT *y Servidores, llevando en un sillón al* REY JUAN

REY JUAN.—Sí, pardiez, ahora mi alma está a sus anchas; no tiene necesidad, para salir, de puertas ni de ventanas Hay en mi seno un tan cálido estío, que todas mis entrañas desmiga en polvo. Soy un diseño hecho a pluma en un pergamino que se retuerce bajo la acción del fuego.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Cómo se encuentra vuestra majestad?

REY JUAN.—Mal; envenenado, muerto, abandonado, perdido. Y ninguno de vosotros ordenará al invierno que venga a hundir en mi garganta sus dedos helados o que haga correr los ríos de mi reino a través de mi pecho abrasador, o de mandar al cierzo que bese con sus vientos rudos mis labios ardientes a fin de que me reconforte con su frescura. ¡Os pido poco; no os pido sino frío confortador! ¡Y sois tan avaros y tan ingratos, que me lo negáis!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Oh, si mis lágrimas tuvieran la virtud de poder socorreros!

REY JUAN.—¡La sal que contienen está caliente! ¡Tengo dentro de mí un infierno! ¡Y el veneno es como un demonio colocado para tiranizar una vida condenada sin remisión!

BASTARDO.—¡Oh! Estoy sofocado por la violencia de mi carrera en mi deseo impaciente de ver a vuestra majestad.

REY JUAN.—¡Oh! Primo, has venido para cerrar mis ojos. El cable de mi corazón se ha roto y quemado, y todas las velas sobre las cuales navegaba mi vida han quedado reducidas a un hilo, a un finísimo cabello. Mi corazón no tiene ya sino una pobre cuerda que no resistirá más que el tiempo que tardes en decirme las noticias de que eres portador; y después, todo lo que ves no será ya sino un trozo de arcilla y el esbozo de una desaparecida majestad.

BASTARDO.—El delfín arriba aquí a toda prisa, donde Dios sabe cómo nos

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

las arreglaremos para resistirle, pues en una sola noche la mejor parte de mi ejército, como yo me retirase con un movimiento ventajoso, ha sido, sin posible remedio, devorada en las arenas por una imprevista marejada. *(El* REY *muere.)*

SALISBURY. — Contáis esas noticias de muerte a oídos a la par muertos. ¡Mi señor! ¡Soberano mío! Pero el que ha poco era un rey, es ahora esto.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Tal es mi carrera y tal mi fin. ¿Qué seguridad hay en el mundo, qué esperanza, qué apoyo, cuando vemos este que hace un instante era un rey no ser ya sino un puñado de tierra?

BASTARDO. — ¿Has partido así? No te sobreviviré sino para hacer por ti el oficio de vengador, y luego mi alma irá a servirte al Cielo, como te ha servido sobre la tierra. Y ahora, ahora, vosotros, astros que os movéis en vuestras brillantes esferas, ¿dónde radica vuestro poder? Mostrad ahora que vuestro retorno a la lealtad es sincero, y venid inmediatamente conmigo a rechazar fuera de las puertas vacilantes de nuestra patria moribunda la ruina y el oprobio perpetuo. Ataquémoslos en seguida, o seremos atacados sobre el campo. El delfín ladra a nuestros propios talones.

SALISBURY. — A lo que parece, no estáis, entonces, tan enterado como nosotros. El cardenal Pandolfo, que reposa aquí, en el interior de esta abadía, ha llegado hará una media hora y nos ha traído de parte del delfín ofrecimientos de paz que se pueden aceptar con honor y con ventaja. El delfín propone que se termine la guerra.

BASTARDO. — Más pronto la terminará cuando vea que estamos decididos a defendernos enérgicamente.

SALISBURY.—No; es ya un hecho consumado, pues ha remitido muchos transportes a la costa y enviado su causa y sus querellas al arbitraje del cardenal, con quien partimos esta tarde, si lo juzgáis conveniente, vos, yo y los demás lores para rematar felizmente este negocio.

BASTARDO.—Sea así; y vos, mi noble príncipe, así como el resto de los lores cuya ausencia no es necesaria, quedaos a los funerales de vuestro padre.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Su cuerpo se inhumará en Worcester, pues tal era su voluntad.

BASTARDO. — Allí será entonces, y que *vuestra amable persona sostenga con* ventura el resplandor de su descendencia y la gloria del país. Ante ella me arrodillo con toda sumisión y os ofrezco para siempre mis fieles servicios y mi obediencia.

SALISBURY. — Y nosotros ofrecemos de igual modo nuestro afecto, que permanecerá igualmente sin tacha.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Mi alma sensible quisiera agradecéroslo y no sabe cómo sino mediante mis lágrimas.

BASTARDO.—¡Oh! No paguemos al tiempo sino el dolor necesario, pues ya se ha cobrado anticipadamente con nuestras penas. Esta Inglaterra no fué nunca ni será hollada por los pies ensoberbecidos de un conquistador, a no ser ella misma la que se hiera primero. Ahora que estos príncipes han vuelto a sus nativos hogares, que vengan los tres rincones del mundo en armas, y sostendremos el choque. ¡Ninguna ruina puede esperarnos si Inglaterra permanece tan sólo fiel a sí misma! *(Salen.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández